

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — TOMO XV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 19. — N° 377.

Administración general, passage Saunier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

Guerra de Africa: grabado. — La Dama de noche. — Recuerdos de Marruecos: grabados. — Revista de Paris. — La vejez. — Apertura de la legislatura francesa: grabado. — Nuevo carenero en Rio Janeiro: grabados. — El doctor Antonio. — La caravana de la Meca: grabado. — Embarque en Tolon de las cañoneras destinadas a la expedición de la China: grabado. — Felicitación del clero milanés al rey del Piemonte: grabado. — Los gauchos argentinos: grabado. — El 18 de febrero de 1860 en Milan. — El carnaval. — La cuaresma. — Baile dado en Cremona por los oficiales franceses: grabado. — Embellecimientos de Paris: grabado.

Guerra de Africa.

Campamento de Tetuan 16 de febrero 1860.

Segun estaba anunciado, han vuelto a nuestro cam-

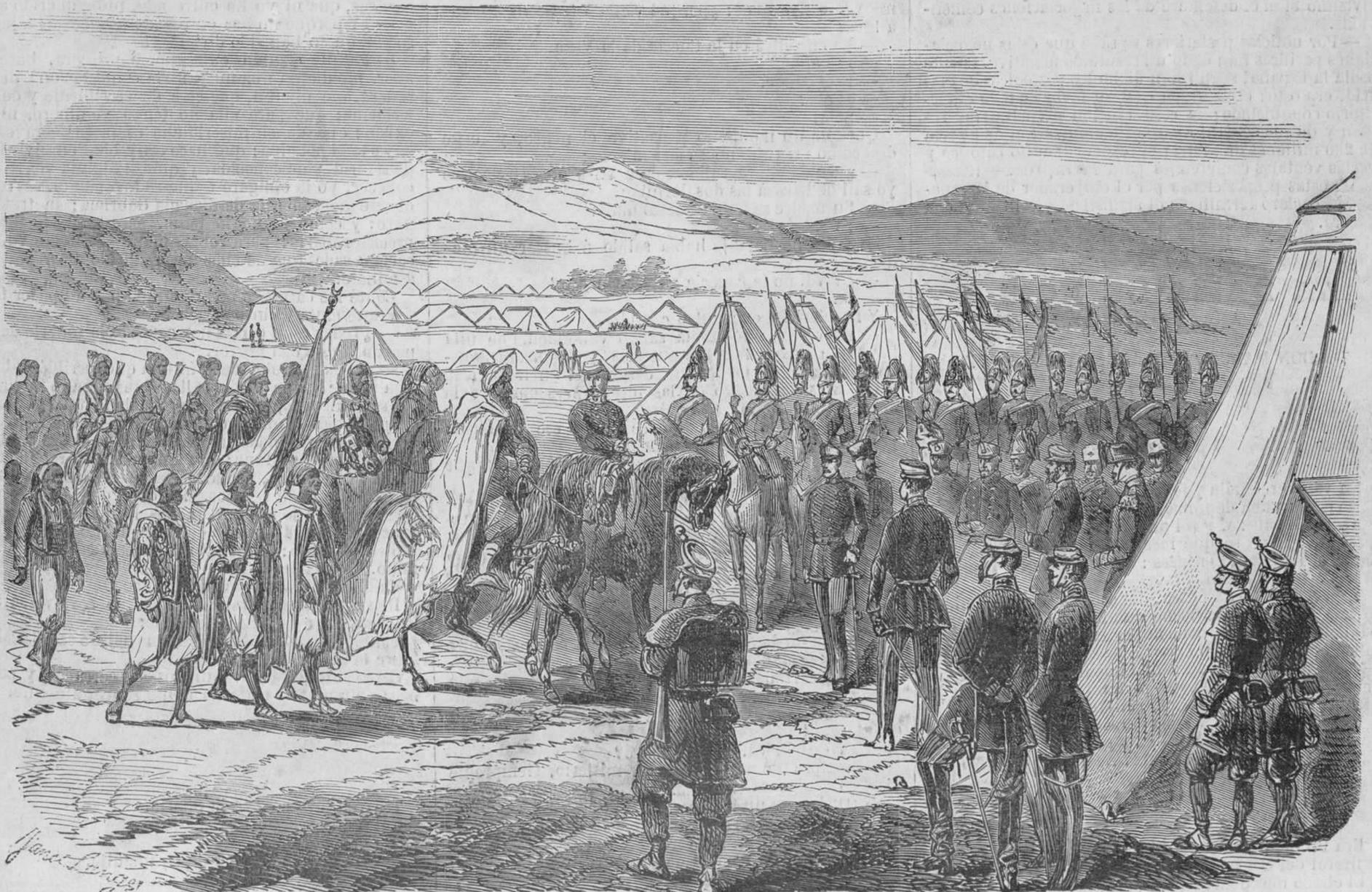
po los mismos moros que nos visitaron anteriormente. Entre dos y tres de la tarde llegaron a la tienda del conde de Reus en sus caballos berberiscos, con sendas sillas, seguidos de otro moro y servidos por cuatro esclavos, negros atezados unos, mulatos de regulares facciones y talle esbelto los restantes. La descripción de sus corceles, dos tordos, dos castaños y uno negro, me parece tan poco importante como la de los adornos de grana y plata con que sus jaeces é innumerables armas están recargados.

Recibidos los jefes enemigos con la amable marcialidad que distingue a nuestro valiente general Prim, y despues de haber dejado a este un sencillo obsequio, fueron acompañados por el coronel Gaminde y dos lanceros de la escolta hasta el cuartel general, en donde una concurrencia numerosa, fiada en la sinceridad que revelaban las promesas anteriores, les aguardaba ya

con impaciencia. A la aproximacion de los mensajeros marroquíes, se agruparon los espectadores abriendo ancho paso, y formada la guardia, entraron aquellos en la tienda del ilustre duque de Tetuan, que les recibió con no menos cortesía que dignidad.

Allí permanecieron largo rato, y terminada la conferencia, hicieron descargar un gran cajon que consigo habian traído para presentarlo como regalo. Renunció manifestar cuáles y cuántas fueron las conjeturas aventuradas por los curiosos sobre su contenido: pronto se desvanecieron las dudas, apareciendo a la vista del público hermosos dátiles del país. Entonces el general en jefe, a la puerta de su morada, tomando un dátil, le probó diciendo con ese tono festivo peculiar de la campaña: «Está bueno, señores, tomen Vds. los que gusten.»

Tal es, sin embargo, el comedimiento característico



LLEGADA AL CUARTEL GENERAL DEL EJERCITO ESPAÑOL DE LOS ENVIADOS DE MULEY-ABBAS, ENCARGADOS DE PEDIR LAS CONDICIONES DE LA PAZ.

de nuestros militares, que la primera invitación del duque, con ser tan franca y afectuosa, no bastó para que ninguno de los generales y jefes allí presentes se acercasen á coger ni un solo dátil; fué preciso que segunda vez lo mandase; y entonces con la mayor medida, se fueron aproximando los concurrentes y cogieron algunos; no tanto para comerlos, á pesar de su excelente calidad, como para conservar un recuerdo de la agradable escena que en aquellos momentos brindaba á nuestra contemplación el pintoresco sitio ocupado por el cuartel general.

Entre tanto pasaron los moros á la tienda de los ayudantes del general en jefe, en la que estos les brindaron café y tabaco, único obsequio que aceptaron, entre varias cosas que con suma galantería les ofrecieron; y como prenda de amistad dejaron también una caja con los mismos frutos de Berbería.

Redactado ya el pliego de que debían ser portadores, se retiraron nuestros huéspedes á las cuatro y media de la tarde: mas la hora avanzada, la distancia que necesitaban recorrer y las dificultades que en su tránsito podían hallar, les ha forzado á detenerse en una casa de Tetuan, cuyo techo les abrigará hasta que mañana temprano continúen su marcha.

Tal es el suceso que preocupa hoy toda nuestra atención.

¿Quiénes son los personajes que nos han visitado? ¿En qué consiste su misión? ¿Qué resultado ha de producir?

Muy fácil es satisfacer la primera pregunta, no tanto la segunda é imposible la última.

El gobernador de Tánger y del Riff, su teniente, el hijo del antecesor del primero, y el segundo jefe de Fez, son los cuatro que han venido á conferenciar con nuestro general. Acerca de todos ellos se cuentan algunas anécdotas; respecto al tercero, cuya figura es en extremo interesante, se dice que su padre, hombre de buen talento, de amable trato y muy afecto á los españoles, fué decapitado por el anterior sultán, sirviendo actualmente su hijo en el ejército reglado.

Que la embajada es de paz, sincera y vivamente deseada por ellos, parece fuera de duda; como quiera que así lo atestiguan, á mas de los presentes ofrecidos, las manifestaciones, no recatada, sino pública y espontáneamente hechas en todo su tránsito.

Pero si sus votos podrán ó no realizarse desde luego, es ya un problema de difícil solución, cuya índole reclama profunda reserva. Acaso cuando esta carta llegue á la corte sabrán Vds. algo de positivo: aquí ni aun conjeturas razonables han pasado al dominio público.

Y eso que la ansiedad general es indecible: impacientes por alcanzar laureles algunos recién venidos; deseos muchos de ver pronto fenecida una campaña con tanta gloria adelantada, y anhelantes todos de ver alto y esplendoroso el pabellón español, aguardan con vivísimo afán el desenlace de las negociaciones comenzadas.

— Por noticias posteriores se sabe que estas negociaciones pacíficas han dado un resultado negativo. Lo que pedía la España, según han dicho los periódicos de Madrid, era esto: el abandono en su favor de todo el territorio conquistado; la conservación perpetua de Tetuan y de sus cercanías; una indemnización de guerra de 200 millones de reales; el respeto al culto católico y varias ventajas comerciales para la España. — Rechazadas estas proposiciones por el emperador de Marruecos, se declaró terminado el armisticio y continuará la guerra.

LA DAMA DE NOCHE

NOVELA ORIGINAL

DE DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuación.)

II.

En vano pretendía yo dominar la situación.

Me encontraba dominado por ella.

Ardía mi cabeza, y mi pensamiento vagaba errante, inseguro en no sé qué ideas, en no sé qué recuerdos pasados, perdidos, confusos: me parecía que yo había previsto todo aquello.

Y en medio del desorden, del caos de mi pensamiento veía á la Dama de noche dominando mi ser, dominándolo todo, y relacionada por no sé qué extraña fatalidad con lo que allí sucedía.

Todo lo que había inmediatamente fuera del lecho del herido, estaba envuelto para mí en una especie de niebla azul, densa, impura, caliginosa.

La luz de la bugía parecía empañarse, amortiguarse. Tomaba el color fantástico de aquella niebla.

Y el negro... ¡oh! ¡el negro!...

III.

Era un ejemplar magnífico de esa raza que puebla el litoral del Oriente de África.

El ébano más denso no hubiera sido tan negro y tan terso como su piel.

Sus grandes ojos apenas dejaban ver una pequeña parte de blanco ceniciento.

Por entre sus labios pálidos que de tiempo en tiempo entreabría el dolor, se dejaba ver una dentadura incomparable por la pureza de su esmalte.

La parte desnuda de su cuerpo que se veía por fuera de las ropas del lecho, era de un modelado y de un desarrollo admirable.

Parecía contar cuarenta y cinco años.

Sus cabellos, ó mejor dicho, la lana de su cabeza empezaba á ponerse gris.

Por lo demás todo era vigor, todo fuerza en Pablo.

IV.

En su mirada se revelaba una grande inteligencia, un gran valor, y algo de heroico en aquel valor.

Por otra parte aquella mirada era incontrastable.

Estaba fija en la mía de una manera tenaz, profunda.

Yo comprendí que Pablo pretendía ver mi alma á través de mis ojos.

Después de algun tiempo de silenciosa observación, la tensión de los músculos del semblante del negro se dilató, y me dijo con voz dulce y lenta:

— Usted es bueno, señor.

— No sé lo que soy, le contesté.

— Sí, sí; Vd. es bueno: Vd. está asombrado, asustado, pesadoso de lo que ha hecho; y Vd., señor, tenía razón: á Vd. le habían acometido para robarle: le hubieran robado á Vd. y le hubieran muerto á no ser por esa criatura... por Ines...

— ¡Cómo! ¡tú!...

— Hace algun tiempo y con una frecuencia espantosa se encuentran en las calles de Madrid, ó cerca de Madrid, en los caminos hombres asesinados y robados. ¿No es verdad?

— Es cierto: pero en una gran población esas desgracias son frecuentes.

— Todos esos infelices han sido asesinados por una mano tuerte, segura: ninguno de ellos ha podido conocer al asesino: ni aun pensar en la muerte.

— Pero bien, Pablo, bien, ¿á qué viene esto?

— Es que yo he sido el matador de todas esas personas.

— ¡Tú!

Y callé dominado por aquella revelación.

— Yo soy franco con Vd., me dijo: le confieso lo que no he confesado á nadie, lo que nadie sabe sino Dios: ¿puedo esperar que Vd. también sea franco conmigo?

— Lo seré.

— Pues bien, necesito saber hasta qué punto se interesa Vd. por Ines.

— No puedo contestarte: todo lo que me rodea es un misterio.

— Yo explicaré á Vd. ese misterio; pero respóndame Vd. con verdad: ¿porqué venía Vd. acompañando á Ines?

— La encontré en la Cuesta de la Vega.

— ¿Cuándo?

— Esta noche.

— ¿Sola?

— Sola.

Quedóse un momento pensativo el negro, y luego dijo como preguntándose á sí mismo:

— ¿A qué habrá salido sola á tales horas? Cuando yo salí de la casa las dos dormían.

— Su madre se había puesto mala.

— ¡Ah!

— Y según me dijo había salido á buscar un médico.

— ¿Y Vd. no la conocía anteriormente?

— No.

Y le referí mi encuentro con ella.

— Es verdad: yo había salido valiéndome de una llave que tengo: Ines me buscaría, y no encontrándome saldría sola. ¡Oh! ¡qué desgracia! en un día la priva Dios del apoyo de las únicas personas que la aman en el mundo: su madre y yo.

— Pues es necesario que se aclare ese misterio: ¿quién te ha impulsado al crimen?

— Mi chaqueta debe estar por ahí, señor: busque Vd. en ella una cartera.

Me levanté y en el suelo, al otro lado de la cama encontré una chaqueta, la registré, y lo primero que hallé fué un puñal corto, ancho y corvo.

— Ya no volverá á servir más, dijo el negro viendo el puñal en mis manos: por mi desgracia ha servido bastante: busque Vd. en el otro bolsillo, señor.

En efecto, en el otro bolsillo encontré una abultada cartera negra.

— Abra Vd. la cartera, señor: todas las cartas que hay en ella están dirigidas á una misma persona: todas están cerradas: la única que fué abierta no está ahí.

— Yo conozco á la persona á quien estas cartas van dirigidas, dije.

— ¿Y estima Vd. á ese hombre?

— Siempre me ha parecido un misterio, siempre he visto en él algo de horrible.

— ¡Oh! sí, es un infame. ¿Y le trata Vd.?

— No: le he visto algunas veces en altas reuniones, y he preguntado su nombre, porque ese hombre ha excitado mi curiosidad desde el momento en que le vi.

— Abra Vd. cualquiera de esas cartas, señor.

Abí, arrastrado por la extraña influencia que me dominaba, una de aquellas cartas: para ello tuve que romper el lacre sobre el que estaba marcado un escudo de armas con corona de marqués.

Aquella carta era muy lacónica.

«Tu bolsillo está abierto para mí, decía; pero tu corazón está cerrado: yo no te pediría nada; si te suplico es por Ines. Sin embargo te doy las gracias, porque no nos dejas morir enteramente de miseria: á pesar de mis economías necesito algun dinero: dáselo al buen Pablo. — GABRIELA GALVEZ DE LA ROCA.»

Este apellido evocaba en mí un confuso recuerdo que no podía esclarecer, que no podía determinar.

Doblé lentamente la carta, y al meterla de nuevo en el sobre, mi vista se fijó en la mitad del sello en donde se veía la corona de marqués.

Aquel recuerdo, ó por mejor decir, aquella tensión hacía su recuerdo que me había inspirado el apellido Galvez de la Roca, se revolvía con más fuerza en mi imaginación.

— ¿No adivina Vd. bajo las letras, bajo las palabras de esa carta un drama horrible? dijo el negro.

El oír la palabra drama en los labios del africano me causó una impresión inexplicable.

Es cierto que ha habido negros poetas, que un descendiente de la raza africana, Plácido, el infeliz ambicioso fusilado en la Habana, era un gran poeta: que á cada paso, mas en el extranjero que en España, se encuentra en los primeros círculos sociales alguno de estos tipos vigorosos de una civilización destruida acaso, en tiempos anteriores á los que hoy llamamos tiempos históricos, anterior quizá á la civilización india, la mas antigua que conocemos, y mas allá de la cual todo es sombra. Estos hombres excéntricos por su color, en la alta sociedad visten con una distinción admirable, hablan con una finura exquisita, poseen una erudición vasta, aumentada por continuos viajes, y son por lo general millonarios.

Miré con mas atención á Pablo, y ví que tenía todos los rasgos característicos del negro que ha nacido libre en medio de la civilización; al que padres ricos han educado de una manera brillante enviándolos á viajar por Europa.

Obedeciendo á este pensamiento, dije al negro:

— Tú no eres lo que pareces.

— Lo que yo soy, lo sabrá Vd. después de que yo haya muerto, que será muy pronto; pero es necesario que Vd. acepte el legado que quiero dejarle.

— ¿Cuál?

— Esa pobre niña... Ines... Lo que ha sucedido á Vd. viniendo con ella; las apariencias de lazo que tiene ese encuentro de ella con Vd.; lo singular de esta aventura, todo me obliga á aclarar para Vd. la parte de misterio mas en relación con la situación del momento. Ya ha leído Vd. esa carta. En ella aparece una señora que pide dinero á nombre de una obligación sagrada á un hombre á quien Vd. conoce y contra el cual está Vd. con razón mal prevenido. Esa carta no ha llegado á esa persona, y sin embargo han seguido dándoseme para él otras, que ni yo he entregado, ni he querido abrir.

— ¿Y porqué no has entregado esas cartas á la persona á quien han sido dirigidas?

— Porque cuando entregué la primera, hace dos años, me dieron una muy mala contestación: dí á tu señora, me dijeron, que cese de escribirme y de molestarme: que para ella no tengo yo dinero, ni aun existo: que de su miseria ella es la primera causa, cuya toda la culpa: que hace muy bien en vivir fuera de Madrid y desconocida, y que si alguna vez se da á conocer, yo la obligaré á que se arrepienta. — Yo no dí este mensaje á la desdichada Gabriela: la traje dinero: y como yo no lo tenía, para traérselo me fué preciso robarlo: para robar, maté. — Cuento Vd. esas cartas: cada una de ellas ha producido un robo y un asesinato.

Conté las cartas como arrastrado por un poder fatal. Eran veinte y cinco cartas.

— ¿Todas estas cartas han causado la muerte de una persona? dije con horror.

— Sí, todas: solo que la última que escribió Gabriela esta noche y que yo debía llevar mañana, ó fingir que la había llevado, en vez de producir la muerte de Vd. ha producido la mía: yo había salido á las once, cuando las sentí dormidas; me fui á Madrid: pero era mala noche, noche de luna: era imprudente pretender dar un golpe: además, por todas partes me encontraba con municipales, con serenos. Me volví desesperado cuando ví á Vd. á lo lejos. Al menos llevará reloj, me dije, y acometí á Vd. La voz de Ines que me reconoció me neló de espanto: el instinto de conservación de Vd. me mató.

Calló el negro y yo callé también.

Detrás de aquella relación veía yo revolverse algo informe, pero espantoso, terrible.

Pablo se había fatigado, y había dejado caer la cabeza sobre la almohada.

Debía sufrir mucho: tenía los ojos cerrados, y por su boca entreabierta salía un hálito ronco, ardiente.

V.

Tocaron levemente á la puerta.

Fuí á ella y la abrí.

Era el doctor Salcedo.

— Un momento si es posible, me dijo.

Salí.

— La situación en que nos encontramos es grave, me dijo en voz baja: Vd. ha matado á ese pobre diablo de negro, y á esa pobre señora la mata una enfermedad que no comprendo, que no puedo comprender: una

afección del alma, una excitación nerviosa: está sin sentido, y no volverá en sí.

— ¿Pero está Vd. seguro de que se muere?
— Sí, y muy pronto.
— ¿Y no hay remedio?
— Yo no le conozco.
— ¿Sería conveniente una consulta?
— No creo que sirva una consulta para nada, sino para hacer intervenir en estos sucesos que yo querría no traspasaran, á algunas personas más.

— ¿Pero no ha intentado Vd?...
— No. Únicamente he enviado por un simple para que la hija crea que se socorre á la madre: la pobre chica está aterrada: ve claro: solo la queda esa última esperanza que nos inspira siempre el interés por las personas que amamos: ella también está enferma, y para ella también he prescrito un medicamento, pero de veras.

— ¿Y cuándo? le pregunté.
— El negro antes del amanecer: la loca...
— ¿La loca!
— Sí, la loca: loca sin duda por grandes infortunios: la loca puede Vd. darla por muerta, porque no volverá en sí.

— Es necesario pues acudir á la religión.
— Así lo prescriben nuestro deber y las leyes: pero es necesario preparar al negro: es lo mismo que dictar una sentencia de muerte: si Vd. no tiene valor para ello lo haré yo.
— Entremos, dije á Salcedo.
Y entramos.

VI.

Quando estuvimos cerca de Pablo, su mirada reflejó en nosotros de una manera lúcida, terrible.

— Lo sé todo, dijo: lo sabía antes, lo sentía, lo adivinaba: pero ahora no me queda duda, lo he oído todo: hablaban Vds. bajo para los oídos de un europeo, pero no para los oídos de un africano: por lo mismo pienso como Vds.; es necesario un sacerdote: es necesario también evitar que mi muerte trascienda á sangre: acudirían los hombres de la ley, pretendiendo saberlo todo para aplicar con arreglo á la verdad la ley: esto es incómodo: yo estoy resignado, y ni al confesor diré de qué muerte muero: esto no hace al caso. Pero antes de que venga el confesor quiero hablar con Vd., añadió dirigiéndose á mí, y suplico á ese caballero que nos deje solos.

Salcedo salió.

VII.

— En aquel armario, dijo Pablo señalándome uno que había en la estancia, hay un cajón: ese cajón tiene doble fondo, y sabiendo que le tiene es fácil encontrarlo. En el hueco que determina ese doble fondo, hay un legajo atado con una cinta encarnada: tome Vd. ese legajo, lea Vd. los papeles que contiene, y después si es Vd. generoso y valiente, obre según su conciencia. Guarde Vd. también la cartera que ha visto antes, y sea Vd. mi ejecutor testamentario.

— ¿Qué deseas? le pregunté.
— Deseo que sea Vd. el protector de Ines que se va á quedar sola en el mundo.

— Lo seré.
— ¿Es Vd. rico?
— Sí, muy rico.
— Pues bien; tanto mejor: el proteger á Ines no será un sacrificio para Vd.: ahora y contando ya con Vd., muero tranquilo. Tome Vd. los papeles que le he dicho, y después que llamen al sacerdote.

Fuí al armario, abrí el cajón, busqué su doble fondo, le hallé no sin algún trabajo, le abrí, y encontré un legajo de papeles atados con una cinta roja.

Guardé aquel legajo y la cartera y salí.
Una hora después un eclesiástico se encerraba con Pablo.

VIII.

Pasó aquella noche horrible.
Al amanecer el mismo eclesiástico que había auxiliado á Pablo acompañaba á la pobre Ines.

Su madre había muerto.
Pablo había muerto también.
Ines iba á la casa del eclesiástico á vivir en compañía de una hermana de aquel buen sacerdote y de dos sobrinas suyas hijas de su hermana.

Yo lo había propuesto esto al padre Morales, que así se llamaba, y no había tenido inconveniente.

Un convento nos había parecido á entrambos demasiado.

Ines resignada á la voluntad de Dios, pero despedazada por el dolor, había dado su último beso á su madre muerta, y había seguido al padre Morales.

Apenas había desaparecido mi carretela, que los conducía, pararon á la puerta dos carros fúnebres.

Gabriela y Pablo fueron puestos en ellos.

Salcedo y yo los acompañamos al cercano cementerio de San Isidro, y no salimos de él hasta que los ataúdes estuvieron en los nichos.

Sobre una de las piedras negras del un nicho debía escribirse:

GABRIELA.
Sobre la del otro:
PABLO.

Salcedo y yo nos metimos en otro de mis carruajes que yo había mandado traer y nos volvimos á Madrid, rompiendo la densa niebla de una mañana de enero.

Dejé á Salcedo en su casa, y mandé que me llevarán á la mía.

CAPITULO V.

UNA HISTORIA EXTRAORDINARIA.

I.

Quando me encontré en mi gabinete, al lado de la chimenea, me pareció un sueño todo lo que me había sucedido aquella noche, empezando por la misteriosa dama del Teatro Real, y concluyendo por el entierro de aquellos dos seres, de los cuales podía decir que apenas había estado en contacto.

Pero hay contactos que como el de las ortigas punzan. El contacto con aquellos dos seres muertos me había punzado el alma.

Me dolía fuerte y pesadamente la cabeza, como cuando se despierta de una horrible pesadilla.

Mis muebles, mis libros, mis armas, mis cuadros, hasta el fuego de la chimenea tenían para mí un color extraño.

Las colgaduras de damasco rojo de los balcones, transparentando la débil luz de un día triste y nublado, influían en mí de una manera penosa.

No había dormido ni un solo momento aquella noche. Yo necesito dormir diez horas, no sé porqué.

Quando duermo menos me duele la cabeza. Y sin embargo no tenía sueño.

Ni la cabeza me dolía. Porque lo que yo sentía en la cabeza no era dolor.

Era vaguedad. Era como si hubiese tenido dentro de la cabeza humo acre y denso.

Aquello era una fiebre leve que me permitía estar fuera de la cámara, pero que daba á todo lo que me rodeaba, al aire que respiraba, al cigarro que fumaba, un color indefinible, una temperatura ardiente, un sabor amargo.

Y en medio de esto sentía en el corazón...

Yo quisiera que un fisiólogo me dijese porqué el corazón nos duele ó nos hace sentir una fruición divina, cuando sufrimos ó gozamos con el recuerdo de una mujer.

Yo recordaba, á pesar de todo, á la Dama de noche.

Yo la veía á través del velo sangriento y lúgubre que habían extendido sobre mi alma los acontecimientos anteriores.

Y un pensamiento vago me decía que entre aquellos acontecimientos y la Dama de noche había una relación inmediata.

Era víctima de un fenómeno singular.

Sentía un vivo deseo de conocer el contenido de los papeles que componían el legajo que tenía junto á mí, al alcance de mi mano, sobre un velador, y aunque quería, no podía extender la mano para tomar aquel legajo.

Había una resistencia misteriosa que se oponía á mi voluntad.

Se estableció una lucha entre mi voluntad y aquella resistencia incomprensible.

Al fin y después de un violento y doloroso esfuerzo, así el legajo, y desaté con las manos crispadas su cinta roja.

Al desatarle algunos papeles cayeron al suelo.

Al recogerlos encontré entre ellos una hoja de marfil, en que había una admirable miniatura.

Un papel envuelto en que había un rizo de cabellos rubios.

II.

Al ver á la mujer á quien aquella miniatura representaba sentí un estremecimiento de frío.

Aquella mujer era la Dama de noche.

El retrato tenía un admirable parecido y estaba magníficamente ejecutado.

La misma edad vaga en aquel semblante, las magníficas trenzas rubias, los ojos azules y dulces, las mejillas pálidas...

Y el mismo traje con que yo la había visto la noche anterior, con la sola diferencia de que las rosas, las perlas y los encajes en vez de ser negros eran blancos.

Aquel busto inmóvil parecía vivo.

Tal era mi fascinación, ó tal la maestría con que estaba hecho el retrato.

¿Y cómo aquel retrato estaba ó había estado en poder del negro difunto?

Los papeles que tenía delante de mí debían decirme lo, y yo recurrí con ansia á aquellos papeles.

Pero antes de leerlos y por uno de esos movimientos sin objeto del pensamiento, tomé un papel, puse sobre él el marfil, señalé con un lápiz sobre el papel la extensión del marfil, y llamé á mi ayuda de cámara, cuidando antes de cubrir el retrato para que no le viese.

— Al momento, le dije, vete á casa de mi joyero, que, cueste lo que cueste, tenga hecho para la noche un marco de oro y brillantes para un retrato del tamaño que va marcado en ese papel.

Mi ayuda de cámara salió, y yo me puse á ordenar los pliegos del legajo que estaban numerados.

III.

A la cabeza de la primera página se veían los vestigios de un sello de armas timbrado, que para borrarle, para destruirle, se había bruñido con un objeto duro.

Era pues imposible percibir los cuarteles de aquel escudo.

Pero en su parte superior quedaban los vestigios de una corona.

Era sin embargo imposible determinar si aquella era corona real, ó corona de duque, conde, marqués ó barón.

Debajo de este timbre destruido casi, se leía en letras gruesas:

MIS RECUERDOS.

Luego á manera de cita este lema piadoso:

Fiat voluntas Dei.

Después en una letra muy igual, muy caracterizada y muy legible aunque muy menuda, se leía en renglones muy próximos los unos á los otros lo siguiente:

1º de setiembre de 18...

Hoy he empezado á vivir.

Hace mucho tiempo que mi vida era una especie de marasmo, bajo el cual se revolvía el remordimiento.

El cielo, la tierra, el mar, no eran para mis sentidos más que el vasto espacio de mi tumba.

Nada me conmovía.

Vivía orgánicamente, porque era necesario vivir.

¿Quién había sido yo? ¿quién era?

No me importaba.

Rey ó esclavo, caballero ó mendigo, todo era igual.

Siempre un hombre.

Menos que un hombre.

Un organismo con necesidades materiales.

¿Cuál era mi patria?

El mundo.

El lugar donde un hombre nace es su cuna, su patria no.

Yo era pues un ser que vivía, pero que ni sentía ni pensaba.

Porque no encontraba nada en que pensar seriamente.

Ni aun en los medios de satisfacer mis necesidades materiales, porque yo era rico, muy rico.

En otro tiempo, la vista de una montaña, la sombra de una selva de cedros, el relámpago de la tempestad, el mar bajo la luna, la mirada de una mujer, las lágrimas de un desdichado, la lucha del elefante con el tigre, la de un buque con las olas, me hacían cantar como á un pájaro.

Recitaba versos de memoria ó los escribía.

Después tenía la paciencia de volverlos á recitar ó de volverlos á leer.

Luego la vanidad de imprimirlos.

Después los ojos de las mujeres, sus lágrimas, sus suspiros, sus quejas ó sus sonrisas me han sido de todo punto indiferentes.

El mar, las nubes, el rayo, las fieras, se han revuelto á mis piés, han pasado sobre mi cabeza, han atronado mis oídos, han rugido á mi lado, sin conmovirme, sin que á su vista haya corrido mi pensamiento en busca de una frase poética, sin que mi corazón haya latido de entusiasmo ó de miedo.

Yo era un cadáver viviente.

Todo lo que me rodeaba me parecía una sucesión de sombras falsas.

Me había reducido al aislamiento.

Mis criados me creían mudo.

Mi paseo era siempre á la orilla del mar, por la parte de la costa más bravía y solitaria, allí donde las olas rompían eternamente produciendo un eterno lamento.

Hoy he recobrado la vida.

Hoy vivo.

Hoy amo.

La mujer á quien amo no me engañará, no me causará celos, no me matará el alma.

Porque la mujer que yo amo es un recuerdo.

Una mujer muerta.

Una mujer que el mar ha arrojado á mis piés y que yo he visto sepultar.

Sin embargo, al dejarla en su tumba me he estremecido.

Siento un no sé qué terrible en mi cabeza.

No puedo escribir más.

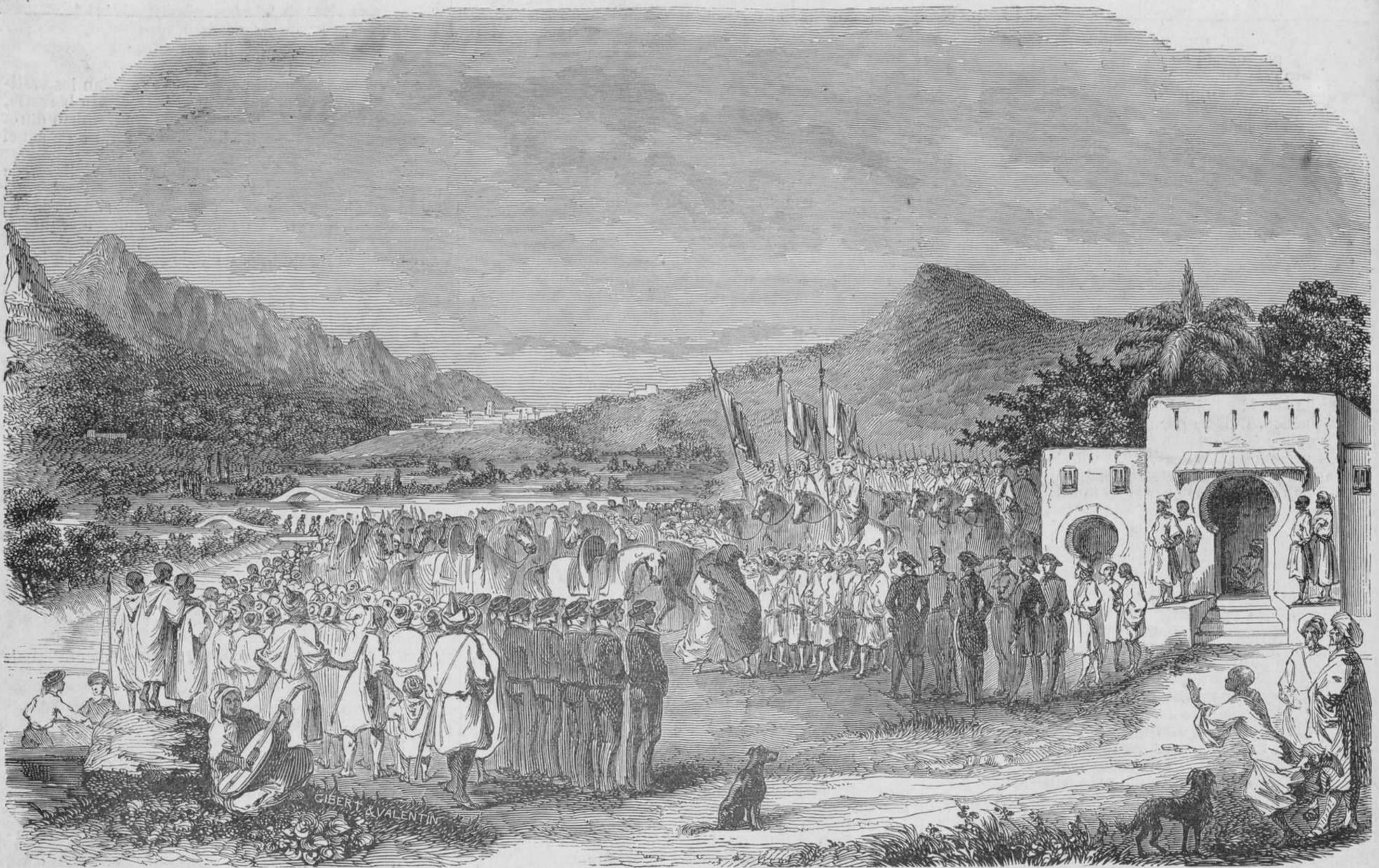
Continuaré otro día.

(Se continuará.)

Recuerdos de Marruecos.

RECEPCION DEL EMBAJADOR SIDI-BEN-ACHACHE EN 1846.

La llegada al cuartel general español de los enviados marroquíes para tratar con O'Donnell de las condiciones de la paz, que se ve figurada en el primer dibujo de este número, nos ha hecho recordar una escena curiosa, que aunque tiene ya de fecha algunos años, nos ha parecido oportuno dar aquí en las circunstancias actuales: es el recibimiento del embajador de Marruecos Sidi-ben-Achache en Tetuan que tuvo lugar en el mes de marzo de 1846. Hé aquí los pormenores de esta escena que tomamos de una correspondencia fechada en Tanger el 12 de marzo del año susodicho.



RECUERDOS DE MARRUECOS. — DESEMBARCO DEL EMBAJADOR DE MARRUECOS EN TETUAN, EL 8 DE MARZO DE 1846.

«...El 7 de marzo, dice la correspondencia, el *Meteore* que llevaba de regreso á Tetuan al embajador de Marruecos Sidi-ben-Achache, salió del puerto de Málaga, donde acababa de salvar á un buque español que estaba á punto de hacer naufragio, y en la noche del 7 al 8 fondeaba en la playa árida y arenosa de Tetuan...

Como todas las ciudades de Africa, Tetuan gana mucho en ser vista de lejos. A cierta distancia su blancura puede tomarse por señal de aseó. Situada pintorescamente sobre una meseta elevada á unos 12 kilómetros de la ribera, domina un hermoso valle, donde un rio hace crecer á lo largo de sus orillas magníficos naranjos.

La embocadura del Mertil, así se llama este rio, es bastante ancha y profunda para recibir los buques, y á beneficio de algunas obras de fácil ejecución, se podría subir hasta Tetuan. Pero no se puede ir mas allá

de la Aduana á cuyo frente se eleva la ciudad. A la izquierda se abre el valle, mas á la izquierda hay montañas y á la derecha se alzan otras colinas, por detrás de las cuales pasa el camino de Tánger.

El 8 de marzo por la mañana la tripulación del *Meteore* se vistió de gala, y formada sobre cubierta saludó con gratitud al bajá que se despidió cordialmente. Sidi-ben-Achache fué tan generoso á su regreso á Tetuan como lo habia sido á su llegada á Francia; dejó á bordo una suma de 2,500 francos para la tripulación, sin contar muchas provisiones. El comandante M. Geoffroy recibió al embajador en su bote con el edecan del ministro de la Guerra que estaba encargado de acompañarle. El estado mayor entró en otras embarcaciones con los oficiales de la comitiva del bajá. En el momento en que la flotilla se dirigia hácia la playa todos los marineros gritaron ¡viva el rey! á cuyo grito respondieron las salvas de un fuertecillo marroquí. Subiendo

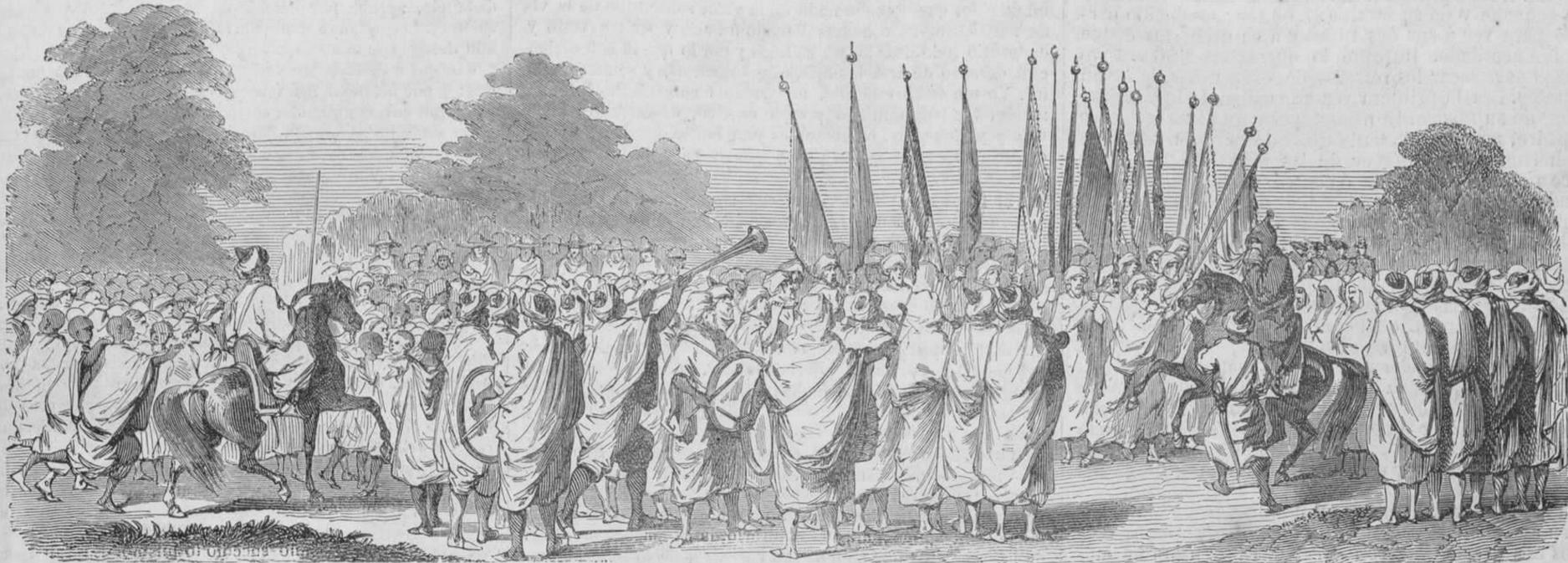
el Mertil recibió el saludo del fuerte y llegó á fondear delante de la Aduana, donde el bajá dió audiencia á aquellos de sus compatriotas que le habian salido al encuentro. La entrevista fué muy tierna. Al reconocer á Ben-Achache la mayor parte de los marroquíes prorrumpieron en llanto.

No habia pasado una hora despues de nuestro desembarque, cuando la caballería de Tetuan llegó á recibir á su querido comandante. El hermano mayor del bajá que le habia reemplazado durante su ausencia en todas sus funciones, marchaba á la cabeza del destacamento. Así que le distinguió, Sidi-ben-Achache incapaz de moderar mas tiempo su impaciencia, corrió á él y le estrechó en sus brazos.

El comandante y los oficiales del *Meteore*, así como todas las personas que formaban la escolta particular del bajá, montaron entonces en magníficos caballos, y nos pusimos en camino para Tetuan.



MÚSICOS DE TETUAN.



MÚSICA Y BANDERAS SALIENDO A RECIBIR AL EMBAJADOR DE MARRUECOS.

Los jinetes marroquíes abrían la marcha y seguía el bajá con su escolta y el estado mayor del *Meteore*. El pelotón de caballería precedido de las tres banderas nobiliarias del embajador cerraba el cortejo. De distancia en distancia los soldados despejaban el camino de la muchedumbre que le habría obstruido. Todo el mundo quería ver al embajador, tocar sus manos, sus piernas ó sus vestidos. Hombres, mujeres y niños se apiñaban de tal modo en su derredor, que él hacía esfuerzos inútiles para satisfacer todos aquellos deseos, quizá exagerados. Por lo demás, no manifestaba ninguna impaciencia; las mujeres lanzaban gritos agudos ¡yu! ¡yu! ¡yu! á los que se mezclaban el ruido de los tambores y de las trompetas, con el sonido de una porción de instrumentos estrepitosos, el canto del zuezin y los aullidos de los niños.

A poca distancia de Tetuan pasamos por delante de una larga fila de banderas, sagradas reliquias de los morabitos que acabaron santamente su vida elevando un monumento al Dios de los creyentes. Sidi-ben-Achache regocijado al ver estas insignias de su fe las besaba con trasporte. En aquel momento todos los indígenas entonaron un himno de gratitud al Eterno por la feliz llegada de su amado gobernador.

Terminado este canto resonó el cañon. Habíamos llegado á Tetuan. Una vez disipado el humo un curioso espectáculo llamó nuestra atención. Todos los terrados de las casas estaban cubiertos de mujeres que lanzaban su grito ordinario al vernos pasar. En medio de Tetuan hay una plaza muy grande en la cual se elevan el palacio del bajá y una mezquita. Cuando llegamos, el embajador sin apearse se adelantó hácia la puerta del templo, y en el umbral dirigió una corta oración á su Dios; luego volviendo á tomar su puesto en el cortejo, se fué á apearse en el patio de la casa de su hermano, donde nos separamos de él.

Toda la casa estaba á nuestra disposición, así como un bonito puerto lleno de flores y de naranjos. Nos sacaron el almuerzo en una salita muy fresca. La mesa servida á la moda europea, estaba cargada de manjares marroquíes con azúcar y miel, panecillos de manteca, tortas con anís, dulces, dátiles, naranjas, almen-

dras, leche, agua fresca y aguardiente aromático. La comida de la tarde se compuso principalmente de veinte platos de carnero, sazonados de muchas maneras, unos con vinagre, otros con cebolla, otros con almen-

comida para trescientos convidados hambrientos. Uno de los hermanos del bajá presidió á nuestras comidas sin tomar parte en ellas; pero es verdad que nos enseñaba con mucha gracia el modo de prescindir de plato y tenedor. Metiendo los dedos en una montaña de cuscusú que habia en medio de la mesa, tomaba una porción que con el pulgar llevaba á la palma de la mano, y de allí la arrojaba con destreza hasta el fondo de su boca, sacudiendo sobre el plato sus dedos manchados de aceite... Servida la comida, los criados que eran unos treinta, se formaban en hilera delante de uno de los hermanos del bajá que hacia el oficio de mayordomo, y luego inclinándose de repente pronunciaban en alta voz una frase árabe que queria decir: ¡Dios os bendiga!

El primer día visitamos la ciudad, en la cual dos cosas sobre todo llamaron nuestra atención: la miseria de los habitantes y la hermosura de los naranjos. Por la tarde Sidi-ben-Achache mandó distribuir víveres y dinero á los pobres, cuyo número segun el hermano del bajá asciende á 14,000.

En aquel día la música militar habia recorrido la poblacion en todos sentidos, deteniéndose muchas veces delante del palacio del embajador. Por la noche nos dieron un concierto. Los cuatro mejores músicos de Tetuan vinieron á ejecutar en nuestra casa los cantos y los aires que los moros trajeron de España, y que a pesar de las alteraciones que han sufrido conservan un carácter original. Estas sinfonías producen un efecto singular, tanto en los músicos como en los oyentes; exaltan su imaginación é influyen fuertemente sobre su sistema nervioso. Se agitan, dan palmadas y caen como en una embriaguez profunda. La melodía es bastante monótona, y en cuanto á las palabras son insignificantes. En general, todos estos poemas son como unas odas amorosas en las que el sultan y la sultana desempeñan los principales papeles.

En el día siguiente 9 de marzo visitamos los jardines del bajá situados en la orilla opuesta del rio. Tuvimos que vadear el Mertil con nuestros caballos, porque no existe ningun puente sobre ese arroyuelo... Como la víspera admiramos naranjos magníficos.

Entre tanto se acercaba la hora fijada para nuestra



LOS HIJOS DE SIDI-BEN-ACHACHE.

dras, con azúcar, etc. Luego sacaron aves y pescados, todo condimentado por el estilo del carnero. La cantidad era exorbitante; éramos diez á la mesa y habia



MARCHA Y CORTEJO DEL EMBAJADOR DE MARRUECOS.

marcha. A las cinco de la tarde nos despedimos de Sidi-ben-Achache y de su familia. Le habíamos pedido permiso para ver á sus dos niñas y á su niño, favor que nos fué acordado. Durante la entrevista M. G... tuvo tiempo para sacar los retratos de estos niños, que van adjuntos. Era la primera vez que salían de las habitaciones de su madre. El niño llevaba un albornoz como su padre, pero debajo tenía un traje parecido al de sus dos hermanas. La mayor de las niñas del bajá tiene cinco años; la menor tres ó cuatro; no nos cansábamos de admirarlas, pero hubimos de despedirnos porque había llegado la hora de marchar.

Sidi-ben-Achache estaba en el patio del palacio. Dirigiéndose primeramente al capitán de estado mayor Pourcet encargado de acompañarle, le dió gracias en los términos mas lisonjeros por la acogida que había recibido en Francia. « Mi corazón, le dijo, quedará repartido en adelante en dos mitades; la una para mi país, la otra para el sultán de los franceses y para la Francia. » En seguida le suplicó que aceptara uno de sus mejores caballos en recuerdo de su misión y como una prenda de su amistad personal. También ofreció al comandante del *Meteore* en testimonio de su gratitud alfombras de Persia y de Turquía. En suma, nadie fué olvidado.

El bajá estaba conmovido, y nosotros participábamos de su emoción. El comandante del *Meteore* y todos nosotros nos despedimos con abrazos. El segundo hermano del bajá nos dió escolta hasta la playa con su caballería, y no quiso separarse de nosotros hasta que hubo presenciado nuestro embarque. Ya era de noche cuando se volvió á Tetuan dándonos su postrer adiós... A poco rato el *Meteore* se dirigía á Tanger. »

Revista de Paris.

A guisa de recuerdo de carnaval, hé aquí una aventura que aunque parezca inverosímil, es de todo punto verdadera. — En una de las noches de baile en la Opera, un dominó subió á un coche parado á una esquina de la plaza del Palacio Real, y una vez cerrada la portezuela, el vehículo se puso en movimiento.

En el mismo instante un caballero bien vestido, ya de cierta edad, tomaba otro carruaje, y encargaba al cochero que siguiera al que llevaba al misterioso dominó.

Los coches se detuvieron á la puerta del teatro de la Opera. La dama disfrazada de dominó se apeó, y el acompañante hizo lo mismo. Como no trataba de esconderse, la señora le reconoció y quiso hacer como que no le veía; pero él se acercó á ella con aire furioso.

— No hagais caso de lo que podais ver, le dijo la dama; tened confianza y me juzgareis á mi vuelta.

Y sin decir otra cosa subió lentamente la escalera, y mandó que la abrieran un palco, cuya puerta se cerró inmediatamente.

Dentro del palco la esperaba un jóven.

El celoso se puso enfrente, y los vió estar hablando durante mas de dos horas.

Diez veces perdió la paciencia y quiso acercarse; pero una mirada del dominó le clavaba siempre en su puesto. Recordaba que aquella mujer no había cometido nunca la falta mas mínima, que no había mentado nunca, y aunque la rabia le devoraba, se repetía que para obrar así debía tener algun motivo digno de respeto.

Sin embargo, durante aquella entrevista mortal sufrió tormentos inauditos. Por fin se acabó la conversacion; el jóven acompañó á la dama hasta el carruaje con mucha galantería, y luego se separaron.

El marido, pues un marido era, tomó otro coche y llegó casi al mismo tiempo que su mujer á su domicilio; entraba decidido á todo si ella no daba pruebas irrecusables de su inocencia.

Pero la señora le recibió con la sonrisa en los labios, y cuando salió su doncella que la había ayudado á desnudarse, dijo á su marido que tomara asiento.

— No mas dilaciones, exclamó el marido fuera de sí; explicate.

— Lo haré en cuanto sepa yo cómo has descubierto mi escapatoria. Siempre había tenido intención de contártela; pero he temido tus consejos cuando estaba á punto de cometer mi primera locura, á los cuarenta y cinco años cumplidos. Por eso me he ocultado.

— No era difícil descubrirlo; tu falta de precauciones. Pero cuidado, porque á mi no se me engaña como á un chiquillo. Lo supe porque oí ruido en tu cuarto tres sábados consecutivos, porque ví una careta mal disimulada por tu cómplice... Le pregunté, y á fuerza de amenazas me confesó que tenías esta noche una cita, y que ya habías tenido otras. Estás enterada; ahora te escucho.

La dama abrió un armario y sacó varias cartas que presentó á su marido con la mayor serenidad, una serenidad que no indicaba escrúpulos de conciencia.

— Lee esta primero, le dijo; es la clave del enigma y te pondrá al corriente de todo.

El marido leyó lo siguiente:

« Muy señora mia: ha sido Vd. la mejor amiga de mi madre; Vd. me ha mecido en la cuna; Vd. me ha repetido muchas veces que yo era su hija; y así, creo no ser indiscreta pidiendo á Vd. un favor del que depende quizá mi porvenir. Solo á Vd. puedo pedirle, porque me son conocidos sus buenos sentimientos. Estoy casada hace unos cuantos meses, como Vd. sabe ya, aunque no conoce á mi marido. La boda se

hizo en nuestro pueblo; yo soy el primero, el único amor de mi marido, que no sabe nada de la vida, sobre todo de la vida parisiense. Pero hemos llegado á Paris y quiere verlo y conocerlo todo. Por lo que ha leído y por lo que le han dicho, está deseoso de ir á los bailes de máscaras, y seguramente irá. Yo me hallo enferma, no puedo acompañarle y tengo miedo. Si, tengo miedo porque es rico, es hermoso, tiene veinte y dos años, en suma, es una buena presa para esas criaturas que no respetan nada; temo perder mi tranquilidad y mi ventura.

» El favor que pido á Vd. es este: escribale Vd. de modo que se pique su curiosidad; déle Vd. una cita en la Opera, haga Vd. por estar con él toda la noche; no hay conversacion mas interesante que la de Vd., y estoy en la persuacion de que caerá en el lazo... Usted me le conservará. ¡Oh! no me niegue Vd. este servicio, porque en el estado en que me hallo creo que me volveria loca.

» Habría querido hablar con Vd.; pero me es imposible porque estoy en cama; por otra parte, no quiero que venga Vd. á verme, porque podría reconocer á Vd., y todo se perderia. No tengo confianza ni esperanza mas que en Vd.; ¡por Dios no me abandone!»

El marido clavó los ojos en su mujer como para interrogarla.

— Pues bien, exclamó esta, hice lo que me pedia mi jóven amiga. He querido hacer el papel de sirena, y he salido con mi empeño perfectamente. Al menos no causaré ningun perjuicio á mi amiga; muy al contrario, la he puesto al abrigo de esas mujeres que abundan en Paris, y pasado mañana tendrá su desenlace esta intriga, que ya comienza á cansarme mas de lo que yo creía. He consentido en ver á mi adorador en casa de un tercero, que es mi hermano; los criados están advertidos, y yo le curaré á un tiempo de su pasión hácia mí y de su curiosidad.

— Has obrado con mucho aturdimiento; te has comprometido, y ya verás cómo se habla de nosotros.

— A mi edad y con mi reputacion es imposible que nadie diga nada. Yo no he amado á nadie sino á tí; te he perdonado tus faltas de la juventud, he olvidado tus infidelidades, así como lo mucho que he sufrido. Ninguno de los que nos conocen lo ignora. Yo nada temo, aunque tú hayas dudado de mí, lo que por cierto es cosa divertida. Pero no tengas cuidado; he hecho una buena accion y nadie dirá nada.

El marido quizá no se convenció. Sin embargo, se dió por vencido y no se opuso á los proyectos de su esposa.

La famosa entrevista tuvo lugar como estaba convenido. El jóven se quedó estupefacto al encontrarse con una mujer de cuarenta y cinco años, cuando se prometía una buena fortuna.

— Le he engañado á Vd., caballero, le dijo; pero solo en una cosa, en mi edad: otras le habrían engañado á Vd. sobre su corazón, sus deseos y sus intenciones, y habría sido Vd. víctima de sus engaños. ¿Porqué busca Vd. lo que tiene tan cerca de sí? ¿Porqué abandona Vd. á una mujer hechicera que le adora, para correr en pos de placeres peligrosos? Vuélvase Vd. á su casa á contar á su mujer lo que le ha sucedido, y piense Vd. en lo que le habría podido suceder: una anciana ha logrado seducir á Vd.; juzgue por esto lo que pueden los sentimientos hipócritas. La lección le será á usted provechosa.

El marido hizo su confesion general, y su falta le fué perdonada con alegría. Pocos dias despues, añade M. H. Desroches, de cuya última revista de la semana tomamos esta anécdota, los jóvenes esposos regresaban gozosos á su provincia.

Muchos miles de parisienses han abandonado esta semana la capital con direccion á varios puntos del imperio, para asistir á la gran marea secular que se había anunciado hace mucho tiempo y que ha dado un chasco solemne á los curiosos. Vamos á reasumir las noticias que han traído los periódicos de las diferentes localidades. A Boulogne habían llegado por el ferro-carril cuatro mil viajeros, y todos estaban en el muelle á la hora indicada á pesar de la nieve que caía abundantemente.

Los habitantes de Boulogne miraban á los parisienses con cierto aire burlon; pero ¿cómo podían ellos suponer que una marea tan pomposamente anunciada se atreveria á faltar á los compromisos que se habían contraído en su nombre?

El hecho es que el viento norte vino á soplar contra los cálculos de la ciencia, y la marea quedó á 50 centímetros bajo el nivel que habían querido señalarla.

En el Havre el fenómeno se produjo con una exactitud matemática. Los cálculos de la ciencia indicaban una altura de 8 metros 20, de la cual no pasó el agua, felizmente para el Havre; el movimiento tuvo lugar apaciblemente; no hubo montañas de espuma ni borrascas como se prometían los curiosos, que volvieron á Paris algun tanto mohinos con el chasco.

Donde el fenómeno presentó gran interés fué en la confluencia del Sena con el mar: hé aquí cómo describe este grandioso espectáculo el *Journal de Rouen*:

Despues de decir que los espectadores habían llegado á miles al pueblo de Caudebec, añade:

« A las diez y veinte minutos del día 9 la emoción de la muchedumbre anunció que el fenómeno se acercaba.

» La barra acababa de levantarse mas allá de Villequier á cerca de tres kilómetros de Caudebec, y muy luego se pudo observar su marcha. La vasta extension de agua á cuyo extremo aparecía, ofreció al instante un gran espectáculo. Por toda la anchura del Sena se adelantaba una sábana de agua de tres metros de altura, escoltada á las orillas por una serie de olas vigorosas cuya espuma saltaba en penachos gigantes hasta las copas de los árboles.

» La barra con su fuerza enorme removía el seno del rio hasta las arenas, dejando á todo el mundo sobrecoigido de admiracion.

» ¡Es magnífico! ¡sublime! decían todos; sin pensar en los estragos que podía causar el agua.

» Por fin, la montaña colosal que salvaba con rapidez la distancia, pasaba por delante de la muchedumbre lanzando sus ondas espumosas que cubrieron una parte del muelle y aun derribaron al suelo á varios curiosos.

» Despues de la barra venia su misteriosa escolta de oleadas; y por último la corriente del rio aumentada en grandes proporciones, completaba el cuadro. La emoción fué general; antes de la llegada de la barra la muchedumbre se reía; despues de la manifestacion de este poderoso fenómeno, la admiracion la había dejado silenciosa. Por fortuna no ha habido que deplorar ninguna desgracia.»

En la Rochela ha sucedido precisamente lo contrario de lo que se esperaba. También allí había acudido una gran muchedumbre á presenciar los desastrosos efectos de la marea; pero desgraciadamente para los viajeros y afortunadamente para el país, el viento noroeste contuvo la marea. Con el viento sudoeste la ciudad habría sido inundada.

Pero es de advertir que cuanto mas grandes son las mareas que se esperan, mas terreno descubren las mareas bajas. Ahora bien, gracias al viento del Norte las olas se fueron lejos, mas lejos de lo que se habían visto nunca en este siglo, dejando así á campo raso una gran cantidad de conchas, bancos de ostras, de almejas, etc., á cuya pesca se lanzaron miles de pescadores. Esa multitud que cubria el suelo abandonado por el mar, como los hebreos en la madre del mar Rojo, producía, segun escriben de la Rochela, el efecto mas pintoresco.

En la costa del Océano sucedió lo mismo. En San Nazario quejaron descubiertas rocas que los marinos mas viejos no recuerdan haber visto nunca. En el Croisic se grabaron inscripciones en piedras que quizá no había bañado el sol hace mas de un siglo. Así ha podido haber pescas milagrosas, único desquite que pudieron proporcionarse los parisienses. Sin embargo, en mucho tiempo no olvidarán que queriendo observar el efecto de la marea mas alta de este siglo, han tenido que contentarse casi en todas partes con el espectáculo de la marea mas baja que se ha conocido. Y esto á pesar de los cálculos de la ciencia.

MARIANO URRABIETA.

La vejez.

ELEGIA.

Una ya pobre abuela
Que fué en sus verdes años rica fruta
Por muchos codiciada,
Y que hoy se desconsuela
Y se aflige y se enluta
Al verse abandonada
Por su antigua amorosa clientela,
Su suerte lamentaba cierto día,
Y lanzando á los vientos rudas quejas
Así llorosa la infeliz decia:
« ¡Qué trabajo es, Señor, llegar á viejas
Y ver uno por uno
Al tiempo arrebatararnos importuno
Los mejores encantos!
¡Cuántos dolores, cuántos
He sufrido al entrar en los cuarenta,
Y ver cuál se tornaba amarillenta
Mi piel antes brillante,
Y cómo de mis ojos
La luz reverberante
Volvióse lumbre mortecina y leve,
Y las que en otra edad fueron lumbreras
Son dos lámparas hoy, que lastimeras
Hacen con desconsuelo
A mi hermosura que perece el duelo!
¡Cuán triste es ver también á la cabeza
Un tiempo sana y salva,
Recibir las injurias de una calva,
Y observar cuál empieza
La mata de cabellos que corona
El edificio humano
A desplomarse toda grano á grano,
Convirtiendo en escuálida pelona
A la que mas sobresalió en belleza!
Luego sobre la frente
El tiempo graba con su torpe mano
Arruga tras arruga,
Y acaso la nariz mas excelente
Profana con incómoda verruga,
Y descende á la boca
Y envenena su aliento,
O hace bailar y deslizarse á un diente,
O da á una muela un trompis violento.
Y así perdiendo cuantos miembros toca
Sigue el tiempo voraz robando vida,
Calor y movimiento,
Haciendo al hombre la mortal herida:
(Y cuando digo al hombre,
Hablo de la mujer sin que la nombre)
La herida que los años le reduce
Y al cabo al cementerio le conduce
¡Y si solo el infame se cebara

En los físicos dones!
 ;Si además de la cara
 No hiriera y destrozara
 También los corazones!
 ;Si no espantase el vil las ilusiones,
 Esa hermosa bandada de palomas
 Que con su dulce y halagüeño arrullo
 Son de la juventud las compañeras,
 Y cantan en sus risas y en sus bromas,
 Y hacen sus horas de dolor ligeras!
 Mas también las espanta
 Y hunde bajo las ruedas de su coche,
 Y en su lugar coloca
 Pájaros agoreros de la noche,
 La sospecha, la duda, el desengaño
 Que hiela y desencanta,
 Convierte el corazón en una roca,
 Deja el cerebro á oscuras
 Y hace vagar por él unas visiones,
 Infernales figuras
 Que nos vuelven apáticas, inquietas,
 Y morir nos harían de disgusto,
 Si no templara nuestra pena y susto
 La dulce faz de nuestras bellas nietas.
 Ellas solas estiman
 Nuestra flaca vejez que otros zahieren,
 Ellas solas nos miman,
 Juegan en derredor de nuestras faldas,
 Nos siguen y nos quieren
 Cuando todos nos vuelven las espaldas.
 Los hombres que años antes
 Buscaban delirantes
 La huella que marcaba nuestra hoga,
 Perdieron ya sus juveniles brios,
 Se sienten melancólicos y frios,
 Llevan pelucas y padecen gota.
 Sus cuerpos que se inclinan como sauces,
 A duras penas el baston sostiene;
 Y si alguno sin ver que es un decrepito
 Nos quiere requebrar, entre sus fúnces
 La tos alza un estrépito,
 Y el tal piropo al fin ni va ni viene.
 Si ellos á sus amigas,
 Compañeras de glorias y fatigas,
 Enamorar no pueden,
 ¿Podremos esperar las pobres viejas
 Una sonrisa de los tiefnos mozos
 Y un canto suyo al pié de nuestras rejas?
 ¡A que eso espere, por las canas mias,
 Que espera la venida del Mesías.
 Ellos guardan sus cantos y alborotos
 Para las nuevas flores
 Que adornan el pensil de sus amores.
 Son pájaros de cuenta
 Que se acogen al árbol mas florido,
 Y se van tras del sol que mas calienta.
 Ya nosotras el pleito hemos perdido,
 Ya nuestra faz al regocijo ahuyenta,
 Y cuando alguna de nosotras quiere
 Del mundo entrometerse en la borrasca
 Y danzar en las locas diversiones,
 Exclaman los bufones:
 «No hay función sin tarasca,»
 Y una rechifla general nos hiere.

¡Ay! esto y mucho mas que no describo
 Se sufre en la vejez. ¡Oh suerte insana!
 Si veis que se os admira y se os respeta,
 Acaso encontrareis un vil motivo.
 ¿Veis un jóven risueño que os saluda?
 Pues ese adora el santo por la peana,
 Ese está enamorado de la nieta.
 ¿Un sobrino os contempla y os adula
 Y os trata con humilde reverencia?
 Ese espera la herencia,
 Y solo están sus pensamientos fijos
 En ver cómo las onzas embaula.
 ¡Solo nos quieren con verdad los hijos!
 Cobijémonos pues bajo su sombra,
 Huyamos de ese mundo maldiciente
 Que nos roe el pellejo,
 Y que hace eterna mofa de lo viejo.
 Si en ansia de vivir entre la gente
 No podeis renunciar á sus costumbres,
 Al menos olvidad sus devaneos,
 Sus bromas, sus mudanzas,
 Y si quereis gozar sin pesadumbres
 Y sin que os silben en sus locas danzas,
 Al templo santo idos,
 Que del mundo el rumor allí no zumba;
 Allí no dan silbidos,
 Y bajais silenciosas á la tumba.»

Tal en su triste y lamentable queja
 Dijo la pobre anciana

Llorando así su juventud lozana,
 Y yo que la escuché desde mi reja
 Digo que no habló mal para ser vieja.

V. MARTINEZ MULLER.

Apertura de la legislatura francesa

EL DIA 1° DE MARZO DE 1860.

La apertura de las sesiones de las cámaras francesas tuvo lugar con la solemnidad acostumbrada y en medio de la mayor animación y el orden mas completo. El espectáculo que presentaba el gran salon del Louvre, era tan brillante como curioso. Los elegantes prendidos de las damas, que en gran número ocupaban las galerías, y los deslumbradores uniformes de los senadores y diputados, individuos del cuerpo diplomático, la magistratura, el ejército y demás corporaciones, formaban un magnífico conjunto. En medio de la solemnidad del acto, la viveza del carácter francés hacia que muchas miradas se fijasen en un punto donde el nuevo embajador de Turquía y el nuncio de Su Santidad se hallaban gravemente sentados uno al lado del otro.

La llegada del emperador, precedido y seguido de un lucido estado mayor, fué saludada con ardientes aclamaciones, las mismas que se repitieron durante toda la carrera por parte de la multitud que se apiñaba al paso de los regios carruajes. S. M. mientras leía el discurso, tenía á su derecha al príncipe Napoleón. La emperatriz, no menos victoreada que su esposo á su entrada en el salon de sesiones, llevaba sombrero blanco, vestido negro y una magnífica manteleta de encaje negro. Acompañaban á S. M. las princesas Clotilde, Matilde y Murat. Un agradable día de primavera dió mas brillantez á la ceremonia.

Hé aquí el discurso pronunciado por el emperador:

Senores senadores y diputados:

Al abrir la última sesión, confiando en el patriotismo de la Francia, deseaba precaver vuestros espíritus contra los exagerados temores de una guerra probable, y hoy anhelo vivamente tranquilizaros respecto á las inquietudes suscitadas por la paz misma.

Solo tengo motivos para felicitarlos de mis relaciones con todas las potencias de Europa. Los únicos puntos del globo donde aun están empeñadas nuestras armas se hallan en el extremo Oriente; pero el valor de nuestros marinos y soldados, auxiliado por el leal concurso de España, producirá presto sin duda un tratado de paz con la Cochinchina. Por lo que respecta á la China, una expedición formal, combinada con las fuerzas de la Gran Bretaña, la impondrá el castigo de su perfidia.

En Europa, las dificultades tocan, así lo espero, á su término, y la Italia se halla en vísperas de constituirse libremente. Dejando aparte las largas negociaciones que se prolongan tantos meses hace, me concretaré á algunos puntos principales.

La idea dominante del tratado de Villafranca era obtener la independencia casi completa del Veneto en cambio de la restauración de los archiducos. Habiendo fracasado esta combinación á pesar de mis mas vivas instancias, he manifestado lo sensible que esto me era, tanto en Viena como en Turin, porque prolongándose la situación, amenazaba quedar sin solución. Mientras era objeto de leales explicaciones entre mi gobierno y el de Austria, inspiraba á la Inglaterra, la Prusia y la Rusia determinaciones cuyo conjunto atestiguan claramente el deseo que anima á las grandes potencias de llegar á la conciliación de todos los intereses.

Para secundar estas disposiciones interesaba á la Francia presentar la combinación que tuviera mayor probabilidad de ser aceptada por la Europa. Garantizando con mi ejército á la Italia contra la intervención extranjera, tenía derecho de marcar los límites de esta garantía: no he vacilado por lo tanto en declarar al rey de Cerdeña que si bien dejándole la completa libertad de sus actos, no podía seguirle en una política que, á los ojos de la Europa, tenía el defecto de parecer quería absorber todos los Estados de la Italia y amenazaba con nuevas perturbaciones.

Le he aconsejado que respondiera favorablemente á los votos de las provincias que se ofrecían á él, pero que conservara la autonomía de la Toscana y respetara en principio los derechos de la Santa Sede. Si este arreglo no satisface á todo el mundo, tiene la ventaja de reservar los principios, calmar los recelos y hacer del Piemonte un reino de mas de nueve millones de almas.

En presencia de esta transformación de la Italia del Norte, que da á un Estado poderoso todos los pasos de los Alpes, era de mi deber, para la seguridad de nuestras fronteras, reclamar las vertientes francesas de las montañas. Esta reivindicación de un territorio de poca extensión nada tiene que deba alarmar á la Europa ni dar un mentís á la política de desprendimiento que mas de una vez he proclamado, pues la Francia no quiere proceder á este engrandecimiento, por pequeño que sea, ni por una ocupación militar, ni por una insurrección provocada, ni por maquinaciones subrepticias, sino exponiendo francamente la cuestión á las grandes potencias.

Estas, en su equidad, comprenderán indudablemente, como la Francia lo comprenderá de seguro respecto

de cada una de ellas en semejante circunstancia, que la importante modificación territorial que va á tener lugar nos da derecho á una garantía indicada por la naturaleza misma.

No puedo omitir hablar de la emoción de una parte del mundo católico: ha cedido súbitamente á impresiones tan impremeditadas, ha entrado en alarmas tan apasionadas; el pasado que debía ser una garantía del porvenir ha sido desconocido de tal modo y tan olvidados los servicios hechos, que me ha sido necesaria una convicción muy profunda y una confianza muy absoluta en la razón pública para conservar, en medio de las agitaciones que se trataban de excitar, la calma que nos sostiene en lo verdadero.

Sin embargo, los hechos hablaban altamente por sí mismos: desde hace once años solo yo sostengo en Roma el poder del padre santo, sin haber cesado ni un día de reverenciar en él el carácter sagrado del jefe de nuestra religión. Por otra parte, las poblaciones de la Rumanía, abandonadas de improviso á sí mismas, han cedido á un impulso natural y tratado de hacer causa común con nosotros en la guerra.

¿Debia olvidarnos en la paz y entregarlas de nuevo por tiempo ilimitado á las contingencias de la ocupación extranjera? Mis primeros esfuerzos se han dirigido á reconciliarlas con su soberano, y no habiéndolo conseguido, he procurado al menos garantizar en las provincias sublevadas el principio del poder temporal del papa.

Por lo que precede veis que si todavía no se halla terminado todo, cuán permitido es esperar al menos ahora una próxima solución: parece por consiguiente llegado el momento de poner término á preocupaciones demasiado prolongadas, y de inquirir los medios de inaugurar animosamente en Francia una nueva era de paz.

Ya ha sido reducido el ejército de 150,000 hombres, y esta reducción hubiera sido mas considerable á no ser por la guerra de la China, la ocupación de Roma y la de la Lombardía.

Mi gobierno va á someteros inmediatamente un conjunto de medidas que tienen por objeto facilitar la producción, aumentar el bienestar de los que trabajan, haciendo que los artículos cuesten menos, y multiplicar nuestras relaciones comerciales.

El primer paso que habia que dar en esta via era fijar la época de la supresión de esas barreras insuperables que bajo la denominación de prohibiciones, excluyendo de nuestros mercados muchos productos extranjeros, forzaban á las otras naciones á una reciprocidad desagradable para nosotros. Pero otra cosa mas difícil nos contenía además: la poca propensión hacia un tratado de comercio con la Inglaterra.

Por eso he asumido resueltamente la responsabilidad de esta gran medida. Una reflexión muy sencilla demuestra su ventaja para entrambos países. Uno y otro habrían dejado ciertamente, al cabo de algunos años, de tomar cada cual en su propio interés la iniciativa de las medidas propuestas; pero entonces, no siendo simultánea la reducción de los aranceles, hubiera tenido efecto sin compensación inmediata por una y otra parte.

El tratado no ha hecho de consiguiente mas que anticipar la época de saludables modificaciones, y dar á reformas indispensables el carácter de concesiones recíprocas, destinadas á fortalecer la alianza de dos grandes pueblos.

A fin de que este tratado pueda producir sus mejores efectos, reclamo vuestro mas enérgico concurso para la adopción de las medidas que deben facilitar su realización.

Llamo especialmente vuestra atención hacia las vías de comunicación, que con su desarrollo pueden solas permitirnos luchar con la industria extranjera; pero como siempre son penosos los momentos de transición y es nuestro deber hacer que cese la incertidumbre tan perjudicial para los intereses, reclamo de vuestro patriotismo el pronto examen de las leyes que os serán sometidas.

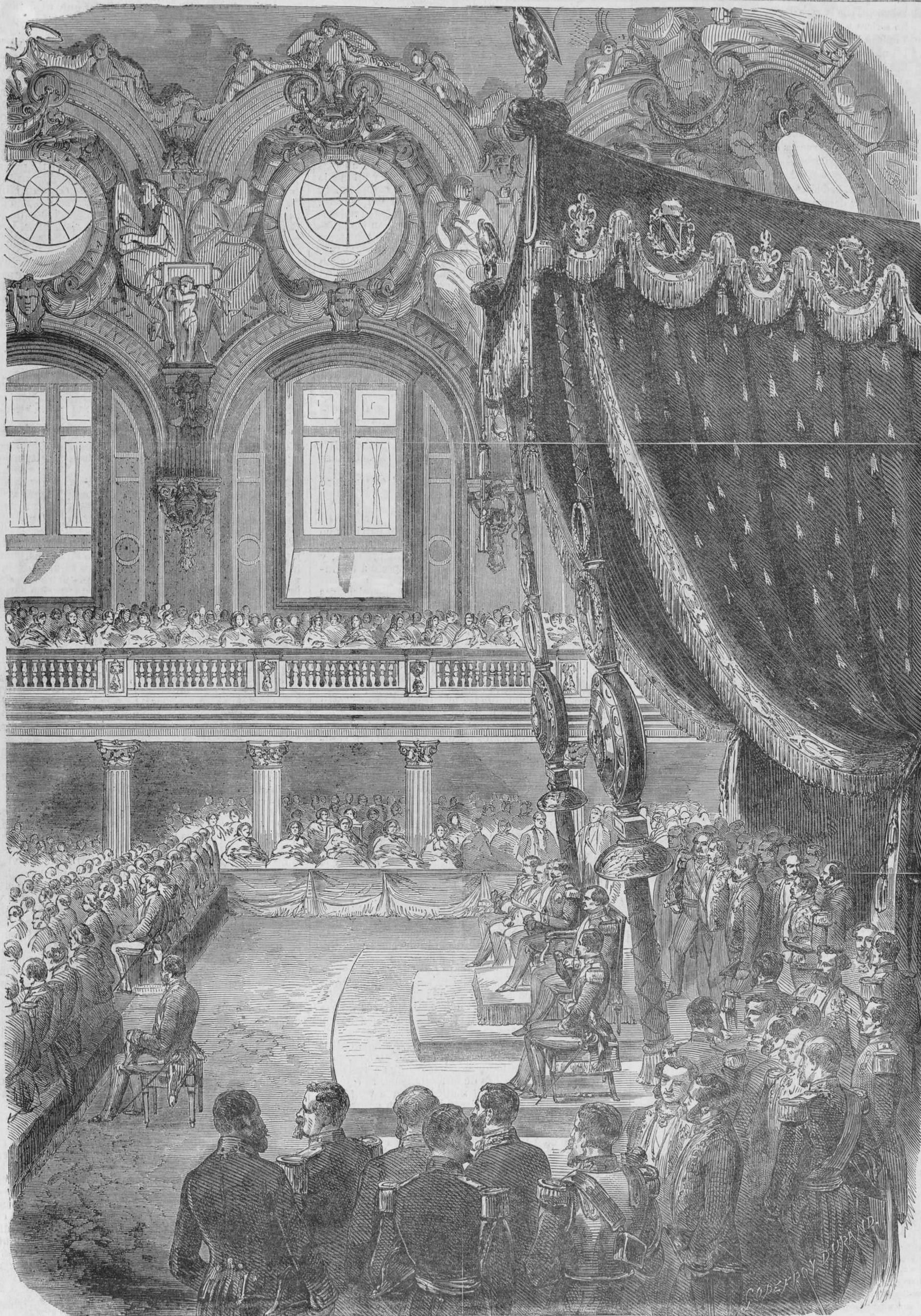
Eximiendo á las materias primeras de todos los derechos y reduciendo los que pesan sobre los artículos de gran consumo, los recursos del erario se encontrarán disminuidos notablemente; no obstante, los ingresos y gastos del año 1861 estarán nivelados sin que sea necesario apelar al crédito ó recurrir á nuevos impuestos.

Al trazaros un cuadro fiel de nuestra situación política y comercial, he querido inspiraros plena confianza en el porvenir y asociaros á la realización de una obra fecunda en grandes resultados.

La protección de la Providencia, tan visible para nosotros durante la guerra, no faltará á una empresa pacífica que tiene por objeto mejorar la suerte del mayor número.

Continuemos pues nuestra marcha en el progreso, sin dejarnos ni por los murmullos del egoísmo, ni por los clamores de los partidos, ni por injustas desconfianzas.

La Francia á nadie amenaza; desea desarrollar en paz y en la plenitud de su independencia los inmensos recursos que el Cielo la ha dado, y no podría despertar susceptibilidades recelosas, puesto que del estado de civilización en que nos encontramos resalta, cada día mas esplendente, esta verdad que consuela y tranquiliza á la humanidad: que cuanto mas rico y próspero es un país, tanto mas contribuye á la riqueza y prosperidad de los demás.



APERTURA DE LA SESION LEGISLATIVA EN EL SALON DE LOS ESTADOS EN EL LOUVRE, EL 1º DE MARZO DE 1860,

Nuevo carenero

EN RIO JANEIRO.

Rio Janeiro 8 de enero de 1860.

Envío á Vds. dos vistas fotográficas de una hermosa obra que está á punto de terminarse y que será sumamente útil para un crecido número de buques que llegan de todos los puntos del globo á la capital del imperio del Brasil.

Casi todos los buques que sufren averías de consideracion, sea en el cabo de Hornos, sea en el cabo de Buena Esperanza, se dirigen á Rio Janeiro para reparar sus averías; pero desgraciadamente hasta el dia no habia ningun dique donde el buque pudiera ponerse á seco, de lo cual resulta que las reparaciones son costosas, cuando pueden hacerse.

El padre del emperador actual del Brasil Don Pedro I, para remediar este estado de cosas, comenzó á abrir hace unos veinte años un carenero en una isla de la bahía situada á tiro de fusil del arsenal de marina, y que se llama la isla de las Serpientes. Pero los trabajos principales hubieron de abandonarse, hasta que hace dos años el emperador actual Don Pedro II continuó la obra comenzada por su padre que se terminará esta vez, gracias á la enérgica voluntad que le anima.

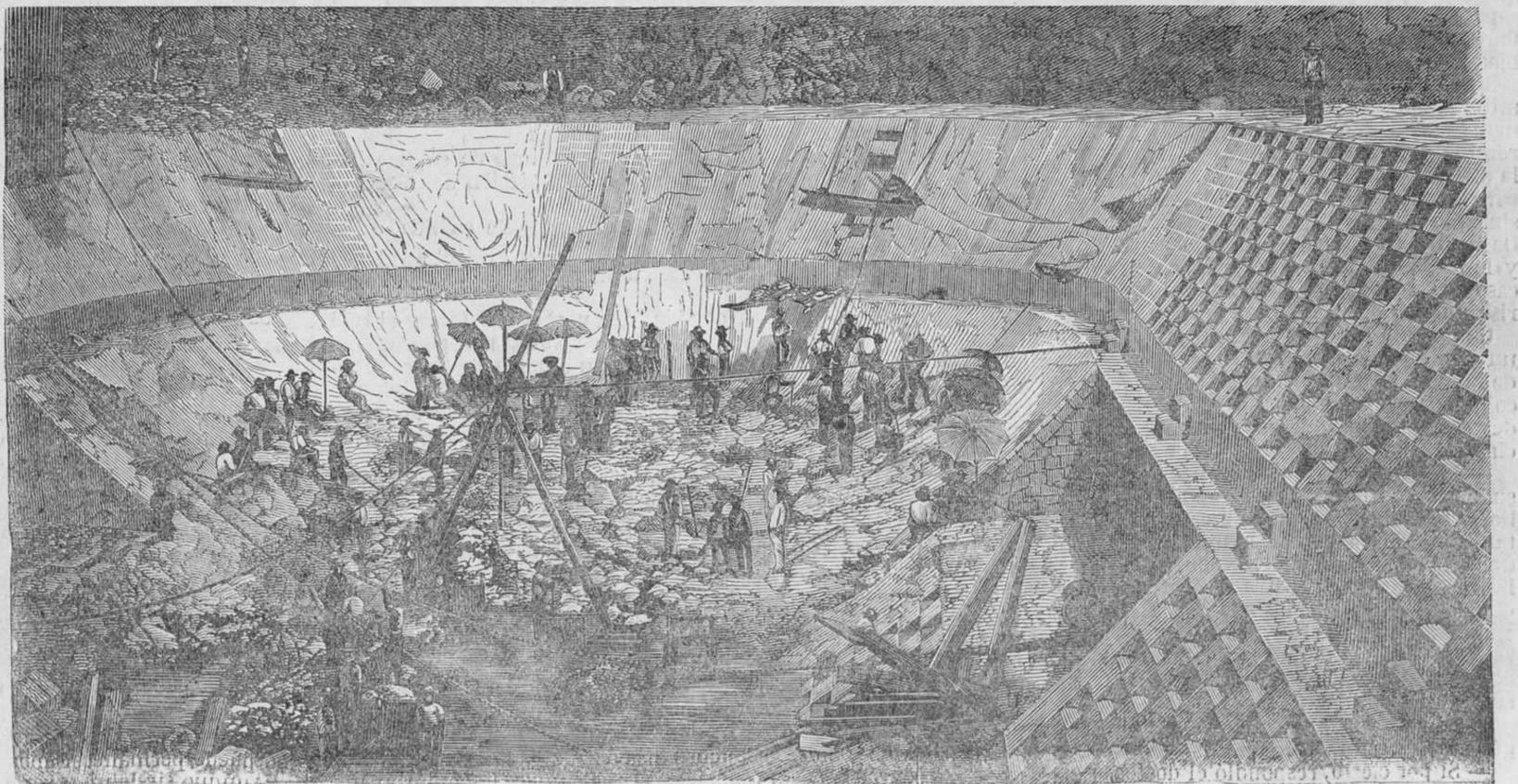
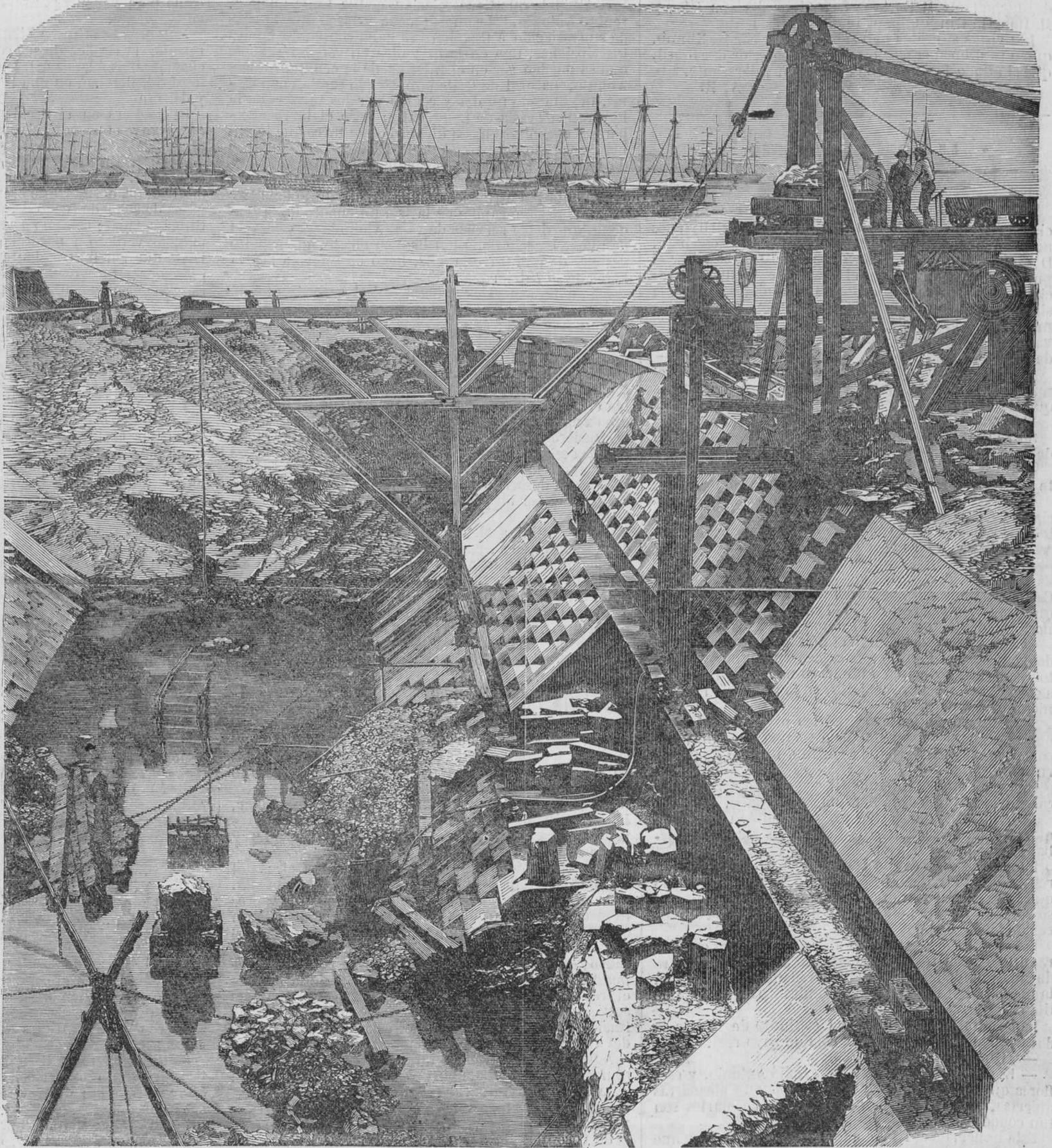
El carenero está abierto enteramente en el granito que forma las capas inferiores del terreno de Rio y de sus inmediaciones. Tiene 300 piés de ancho sobre 32 de profundidad; el agua llegará á una altura de 28 piés. Las puertas estarán formadas con inmensos cajones de hierro.

El pozo de agotamiento tiene 38 piés y medio de altura sobre 10 de diámetro, y encierra dos bombas de 30 pulgadas de diámetro movidas por dos máquinas de alta presión de la fuerza de 50 caballos. Las construcciones donde están colocados los aparatos de agotamiento no se hallan desgraciadamente en la fotografía.

Se emplean constantemente en estas obras quinientos trabajadores, así todos portugueses, y gracias á los cuidados y á las precauciones de los ingenieros directores no ha habido que deplorar mas que dos desgracias.

Se calculan en unos tres millones de francos los gastos de la obra, que estará concluida dentro de tres ó cuatro meses.

En cuanto se hallen colocadas las puertas, harán saltar por medio de cincuenta minas que partirán simultáneamente la estrecha pared de granito que han reservado á la entrada del carenero.



LAS OBRAS DEL NUEVO CARENERO EN RIO JANEIRO.

Están á la cabeza de las obras dos ingenieros ingleses de mucha fama, M. Enrique Law, ingeniero en jefe, y M. Roberto Cunningham, ingeniero residente.

Las vistas adjuntas han sido sacadas por M. Klumb, quien se propone sacar otras por el interior del Brasil, que sin duda formarán una colección interesante.

A. R.

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuación.)

— Otro terremoto, exclamó el doctor; esa inscripción dice que en junio de 1831 el temblor destruyó dos arcos del puente, el tercero, y el en que estamos ahora. Dos niños, hermano y hermana, que pasaban por el puente cuando tuvo lugar el sacudimiento, fueron precipitados con este arco, que es el undécimo, ¡cosa singular! no se hicieron daño ninguno. En reconocimiento de esta especie de milagro, el padre mandó elevar esa columna con una inscripción conmemorativa del hecho.

Al pié de un senderillo rápido un poco más allá del puente, nuestros viajeros encontraron dos hombres que los esperaban con dos mulas.

El doctor dijo que prefería ir andando.

Sir John una vez montado, abrió su paraguas y pasó delante seguido de cerca por su hija.

— Nunca he visto peor camino que este; seguramente la parroquia no gasta mucho dinero en sus caminos.

— Ya será mejor en cuanto entremos en el territorio de Castellaro, dijo el doctor Antonio. Castellaro ha insistido más de una vez cerca de Taggia sobre la necesidad de poner en mejor estado esta parte de camino; pero no adivinariais nunca la respuesta de Taggia.... Es esta: — «Taggia no tiene necesidad de Castellaro; Castellaro sí necesita venir á Taggia, por consiguiente que gobierne á su costa todo el camino.» Tales son las nociones de economía política que aquí se tienen.

El aire vivo de la montaña impregnado con el aroma del romero y el tomillo que crecen en abundancia por todas partes, principió á obrar como un estimulante agradable en nuestros viajeros, cuya animación se aumentaba á cada paso.

Sir John estuvo bastante poético para comparar los enormes racimos amarillos de la retama que cubría la colina con las sonrisas que asoman á un semblante arrugado.

Lucy con su alegría infantil comenzó á arrojar á la cabeza de Antonio cada flor que este le daba.

Antonio la llamaba traidora, y fingiendo un espanto mortal huía á esconderse detrás de las rocas y los árboles.

Nada más alegre que las carcajadas con que Lucy respondía á los dichos de Antonio; nada más cómico que la gravedad con que el doctor la prevenía que no se volviera furtivamente, porque así se quitaba el placer de la sorpresa.

Una vez salió de un escondite agitando un enorme ramillete de flores del más risueño aspecto. Del centro de cada una de las grandes flores blancas que tenía en la mano salían unos pétalos estambrosos de un color de lila oscuro.

La admirable delicadeza del conjunto de la flor la daba cierto parecido con una cola de pavo real.

— ¿Qué es eso? preguntó Lucy.

— Es el *capparis spinosa*, respondió Antonio, y esas flores que admirais tanto, no son más que alcaparras abiertas, de esas alcaparras cuyos usos culinarios son tan conocidos.

Esta noticia no enfrió la admiración de miss Davenne que hasta llegó á confesar su gusto decidido por las alcaparras. Viendo que Antonio prendía algunas de esas flores en su sombrero cónico, Lucy quiso llevar también algunas en el suyo.

Sir John cuyo buen humor parecía inalterable, permitió igualmente que le adornasen de la misma manera; por último, los dos guías tuvieron su parte del ramillete, y nuestros viajeros ataviados así, atravesaron la aldea de Castellaro, llamando un poco la atención, pero acogidos siempre con las señales de respeto y de simpatía que les habían acompañado por todas partes. De tiempo en tiempo un aldeano se acercaba á Antonio y le pedía que fuese á ver á un enfermo; pero como el caso no era urgente, el doctor respondía con una sonrisa y dejaba la visita para el día siguiente.

Un camino ancho y bueno (lo que sir John llamaba un camino de cristianos), se abría al Norte á la salida de la aldea y seguía serpenteando por el revés de la colina, ora ocultando, ora dejando distinguir la fachada del santuario á que daban sombra dos enormes encinas.

— Los Castellini que han hecho este camino con el sudor de su frente, dijo Antonio, le enseñan con orgullo, y ciertamente tienen derecho para ello. Ellos cuentan cómo cada uno de los guijarros con que está empedrado fué traído de las orillas del mar por los habitantes; los más ricos empleaban mulas para este transporte, los demás se cargaban las piedras á hombros, y todo el mundo, pobres y ricos, jóvenes y viejos, niños y mujeres trabajaban de día y de noche por amor á la Madona. La Madona de Lampedusa es su fe, su ocupación, su orgullo, su idea fija.

— ¿No hay alguna tradición sobre la santa imagen? preguntó Lucy.

— Si por cierto, respondió el doctor.

— Desearía saberla.

— Todo lo que tiene relación con la santa imagen, repuso Antonio, así como la fecha y las circunstancias de su traslación á Castellaro se halla contenido en dos inscripciones, una en latín y otra en versos italianos, que se pueden ver en el interior de la ermita. Andrés Anfotto, natural de Castellaro, siendo capitán de piratas, fué atacado un día y cogido por los turcos que le llevaron á la isla de Lampedusa; pero él logró escaparse y esconderse hasta que el buque turco que le había capturado se marchó de la isla. Anfotto, hombre de recursos, se puso á construir una embarcación, y hallándose apurado para adquirir una vela, apeló á un expediente tan atrevido como original: quitó del altar de una iglesia ó capilla de la isla un cuadro de la Madona, que debía servirle de vela. Ahora bien, esta vela de nueva especie llenó tan bien su objeto, que Anfotto después de una travesía feliz, llegó de nuevo á las riberas de su patria.

Así en un acceso de generosidad el corsario ofreció su santa vela á la veneración de sus compatriotas. Pero aun hay más: se eligió por aclamación un sitio á dos tiros de fusil del santuario actual; se levantó en ese sitio una capilla, y en ella se depositó la ofrenda con los honores debidos. Pero según parece, la Madona tenía una repugnancia invencible al lugar que se había elegido, pues todas las mañanas hallaban el cuadro exactamente en el puesto que hoy ocupa la ermita. Pusieron centinelas á la puerta de la capilla, toda la aldea estuvo en pié durante una porción de noches guardando la entrada, pero las precauciones fueron inútiles. A despecho de aquella vigilancia el cuadro se trasladaba, por un poder milagroso, á su lugar predilecto.

Los Castellini acabaron por comprender que la Madona quería que su residencia fuese trasportada adonde su imagen iba todas las noches, y aunque había escogido el punto más alto y escabroso de toda la montaña, un lugar donde era preciso levantar arcos á fin de dar á la capilla cimientos sólidos, los buenos habitantes pusieron con amor manos á la obra que una revelación tan clara les imponía, y se construyó esa capilla cuya celebridad no tiene rival en muchas leguas á la redonda.

Esto pasaba en 1619. Con el tiempo agregaron algunos cuartos para comodidad de los visitantes y de los peregrinos; construyeron un terrado, y en el día se proyectan más embellecimientos que sin duda se ejecutarán, pues aunque los Castellini no son ricos, tienen en su favor esa balanza poderosa contra la cual no hay obstáculos, — la fe que produjo las cruzadas.

En el momento en que Antonio cesaba de hablar, John y miss Hutschin, dos personajes que tenemos olvidados hace tiempo, se acercaban para ayudar á Lucy á que se apeara.

Lucy se volvió entonces y abrazó de una ojeada el admirable paisaje que se desarrollaba delante de ella.

Al Norte una larga serie de gargantas negras y profundas cortadas á pico, cerrada en el horizonte por un cortinaje gigantesco de montes de los Alpes cubiertos de nieve; — al Sur el espacio majestuoso del Mediterráneo; — al Este y al Oeste hileras de colinas sobrepuestas en suaves ondulaciones; y luego en la llanura el fresco y agradable valle de Taggia con su corriente de agua que resplandecía al sol y su rico cinturón de huertas, vasto mosaico que ofrecía todos los matices del verde é incrustado de arabescos de plata.

Aquí y allá un granado tardío en flor desplegaba orgulosamente su follaje purpurino. Enfrente se elevaba en anfiteatro la sombría Taggia, tan seria en sus bastiones y en sus torres de la edad media como un convidado descontento sentado á un espléndido festín.

Un poco más lejos hacia el Oeste la vista distinguía lanzándose de un grupo de cipreses el campanario de la iglesia dominicana, y más lejos aun la cumbre del último peñasco, el santuario de Nuestra Señora de la Guarda, cuya blanca silueta se destacaba sobre el azul oscuro del cielo.

— Hija mía, exclamó el baron, ¿no podrias dejar el entusiasmo para después de comer?

Estas palabras pronunciadas en tono de súplica interrumpieron la silenciosa contemplación de miss Davenne que corrió al lado del baron.

Al punto les sirvieron una excelente comida, en la que sir John tomó su parte con un apetito que decía mucho en favor de las cualidades higiénicas del aire de la montaña.

Terminada la comida, Lucy propuso tomar el café sobre el terrado, lo que fué aceptado por su padre. Fueron pues al terrado, y sir John después de haber saboreado su café y pagado un tributo de admiración á la sorprendente hermosura del paisaje, sacó el *Times* del bolsillo, y se sumergió en las terribles columnas del apreciable diario.

Lucy y Antonio observaban en un éxtasis silencioso las maravillas de aquella hora de la tarde.

El firmamento estaba límpido y brillante como el acero; tres nubecillas parecidas á tres largos chales de gasa anaranjada se cernían únicamente al Oeste. El sol medio escondido detrás de la cresta de la cordillera occidental, lanzaba sobre el valle á través de las brechas formadas por las montañas más bajas rayos oblicuos que parecían columnas de fuego.

A medida que el disco resplandeciente desaparecía, la sombra tomaba ensanche enfrente sobre la montaña, y como una marea de ondas oscuras arrojaba delante de sí las anchas olas de luz, y las estrechaba por grados hasta reducirlas á una simple línea purpurina,

que se detenía un instante sobre las sombras más altas como para dar un postrer adiós, y luego desaparecía enteramente.

Entonces la primera hilera de montañas recobró de repente la rigidez de sus contornos, en tanto que las cúspides más lejanas detrás de las cuales se había puesto el sol, flotaban en una bruma diáfana de lapizlázuli y de rosa.

El cielo era en el Occidente como un horno majestuoso cuyos encendidos reflejos teñían de carmesí la nieve lejana de los Alpes, y alumbraban el horizonte de la mar. Un momento después desapareció la claridad rojiza, la sombra se condensó en el valle, y los desfiladeros del Norte se oscurecieron rápidamente. Los tonos de color de fuego del Oeste se habían perdido en tintas rosadas; estas á su vez se cambiaron en un resplandor verdoso y nacarado que pasó del gris al azul, hasta que por fin Occidente y Oriente se hallaron sumergidos en un azul oscuro igual por todas partes y esmaltado acá y acullá con una estrella trémula.

— ¿Y nuestras bonitas nubes? preguntó Lucy.

— Desaparecieron, respondió Antonio; emblema de muchas esperanzas brillantes que se desvanecen cuando uno se entrega á ellas.

— Pero volverán mañana, dijo Lucy con mucha sencillez.

Y como al decir esto, inclinara un poco la cabeza hacia Antonio, la brisa de la tarde llevó hasta los labios del doctor algunas de las trenzas de oro de la joven, como pidiéndole que las besara.

— ¡Quién sabe, exclamó, si mañana esas cumbres no estarán cubiertas por nubes sombrías preñadas de rayos!

Los maravillosos juegos de luz y de sombra que por consideración á la paciencia de nuestros lectores hemos despachado sin rodeos en algunas líneas, habían tardado en producirse una hora justa, cuyo primer cuarto había pasado sir John en leer su periódico, el segundo en hallar una postura cómoda, y los dos restantes en un profundo sueño.

Por esto entrambos jóvenes se hablaban bajo, y al hablarse así sucedía que de tiempo en tiempo se inclinaban el uno hacia el otro.

La calma solemne de la tarde fué interrumpida de repente por las campanas de las seis iglesias de Castellaro que tocaban la oración, y á las cuales respondieron en una sucesión rápida las de las iglesias mucho más numerosas de Taggia y de los conventos lejanos de los capuchinos y de los dominicos. Era el concierto más suave y melancólico que puede imaginarse.

Sir John cambió de posición, pero no se despertó; y Antonio se puso á recitar al oído de Lucy estos versos incomparables del Dante citados tan á menudo, y que siempre se oyen con agrado:

Era già l'ora che volge il disio
A' naviganti, e'ntenerisce il cuore
Lo di c'han detto à dolci amici; a Dio;
E che le nuovo peregrin d'amore
Punge, se ode squilla di lontano
Che paja il giorno pianger che si muore.

«Era la hora que despierta el deseo de los navegantes, y enternece el corazón de aquellos que en aquel mismo día se han despedido de sus buenos amigos; » la hora que hace estremecer al joven peregrino de amor si oye á lo lejos el sonido de una campana que parece llorar el día que muere. »

— Hasta ahora no había comprendido bien lo patético que son esos versos, exclamó Lucy; el dolor de estar lejos de la patria, ese dolor que los anima, penetra hasta el fondo del corazón; deben haber sido escritos á la hora en que nos encontramos.

— Y por un desterrado, añadió Antonio; probablemente los ojos del ilustre gibelino estaban clavados en una cordillera de montañas como la que se eleva á nuestra vista...

Y cambiando de tono añadió:

— Pero estamos hablando, y la noche nos cubre de sombra; es tiempo de que me vaya á mi casa.

— ¿A vuestra casa! repitió Lucy sorprendida; sin duda no iréis esta noche á Bordighera.

— ¡Oh! no, dijo Antonio; no podeis suponer que yo sea un acompañante de tal inconstancia. ¿Veis aquella masa blanca, allí á la izquierda de Taggia con luces en el interior?

— Ya me había llamado la atención esa casa, dijo Lucy; tiene un aspecto misterioso.

— Es lo que llamo yo mi casa cuando vengo á Taggia.

— Está bastante lejos, dijo Lucy; ¿no podiais quedaros aquí?

— No hay ningún cuarto.

— ¿No teneis amigos en Castellaro?

— No tengo ninguno que me sea tan caro como la persona que me espera en Taggia.

— ¿Tanto quereis á ese amigo?

— Quiero y reverencio á esa mujer con toda mi alma, respondió Antonio.

Lucy guardó silencio.

— ¿No recordais, continuó Antonio, que os dije una vez, que de todos mis amigos el que ocupa el primer puesto en mi corazón es de vuestro sexo? Pues bien, ahora voy á su casa. Adios, hasta mañana; y deseo que soñeis cosas agradables... ¡Dios mío! ¡Qué frías teneis las manos! Sin embargo, el aire no es fresco... entraos al instante y tomad una taza de té bien caliente. Adios, no puedo permanecer más tiempo.

Aunque sir John, que ya estaba despierto, pidió mu-

chas veces á su hija que se entrara, Lucy permaneció en el terrado hasta que hubo visto una sombra negra atravesar el puente por medio de una lluvia de luciérnagas que en aquel momento daban al valle el aspecto de un mar de estrellas movedizas.

Entonces, solo entonces se levantó y se fué con su padre que habia entrado á pedir el té.

Dos horas mas tarde la misma figura alta que habia atravesado el puente, estaba asomada á una de las ventanas de la casa misteriosa, destacándose en relieve sobre la luz que alumbraba el interior.

Si en aquel instante se hubiese murmurado al oído de aquella forma humana que estaba sumergida en una contemplación silenciosa: « Hay en cierta parte, y no muy lejos, una persona que no duerme por tí, » ¿cómo se habria estremecido y temblado!

Es muy cierto en verdad que el hombre mas primitivo y mas apasionado no puede prever todo lo que la tierna sensibilidad de una mujer puede inventar para crearse tormentos.

La figura acabó por desaparecer; cerró la ventana suspirando, y pronunció con fervor estas palabras que salieron del fondo de su alma:

— ¡Dios la colme de bendiciones!

XVI.

NUEVOS PERSONAJES Y NUEVOS INCIDENTES.

En el puesto de honor, es decir, al pié de la balaustrada que separa el altar mayor del resto de la capilla, encontramos á la mañana siguiente á las ocho á Battista y Speranza arrodillados escuchando con devoción la misa que dicen para ellos.

El altar sobre el cual se eleva la imagen milagrosa oculta con una cortina, está ricamente adornado, y la pared que le rodea, como las paredes de las dos capillas mas pequeñas á los dos lados de la nave, están cubiertas de *ex-voto*, consistentes la mayor parte de ellos en coronas de plata, piernas ó brazos de plata y algunos niños de plata tambien, fajados como se acostumbra en Italia.

Así mismo se ven muchos cuadros, de los cuales los nueve decimos representan naufragios espantosos.

Terminado el servicio divino, el viejo sacristan abre la balaustrada y hace señal á los novios de que se adelanten.

Entonces los concurrentes, sobre todo las mujeres, se precipitan al altar. Se encienden los cuatro cirios que están delante, luego se levanta la cortina lentamente al sonido de las campanillas, y se ve aparecer un cuadro de corta dimension representando tres personajes, la Santísima Virgen y el Niño Divino, cada uno con una aureola en la cabeza, y á su lado santa Catalina.

Los fieles dejan oír á media voz una exclamación general de satisfacción; sus ojos resplandecen de júbilo al contemplar la imagen. El sacristan tambien está radiante.

Speranza de rodillas y encarnada como una cereza, presenta su ofrenda que es un enorme corazón de plata; Battista presenta la suya como escondiéndose; es un coche que acaba de volcar, en cuyo cielo está la Madona sentada en una nube.

Después de una corta oración á la que responde la asamblea, el sacerdote se retira.

El sacristan mientras apaga lentamente los cirios, sostiene con algunos de los presentes una conversación particular sobre los progresos que hace la pintura; otra vez se oye la campanilla, se baja el cortinaje y se retiran los fieles.

Concluida así la ceremonia, el doctor Antonio llevó á Lucy á la izquierda de la capilla por una bóveda sobre la cual estaba el terrado donde se habian sentado en la tarde anterior á contemplar el asombroso espectáculo del sol en el caso.

— Si queréis dejaros guiar, la dijo, os llevaré á una parte donde os prometo una agradable sorpresa.

— Como gustéis, respondió Lucy.

Esta frialdad en aceptar una proposición hecha con alegría, tan diferente de su gozo ordinario en tales casos, hizo que Antonio clavara en ella la vista y la dijera:

— Temo que no hayais dormido bien esta noche.

— Al contrario, respondió la jóven con cierta sequedad, en mi vida he dormido mejor.

Antonio la miró mas aun pero en silencio. Ni siquiera la ofreció el brazo, pero ella guardaba andando cierta distancia que debia autorizarle a pensar que en aquel momento no deseaba su apoyo.

Después de haber vuelto un ángulo agudo formado por una roca, llegaron á una meseta cubierta de rosales silvestres.

Aun en el estado actual de su espíritu, Lucy no pudo menos de alegrarse á su vista.

— Aquí estaba la capilla primitiva, dijo Antonio; podeis ver los restos de los cimientos entre los rosales; retiraos un poco, pues sino pueden haceros daño estas espigas.

Y al pronunciar estas palabras se metió él en el sitio mas intrincado y comenzó á cortar á diestro y siniestro; después, arrancando cuidadosamente las espigas hizo un magnífico ramillete y le entregó sin decir una palabra á Lucy, que tambien le recibió en silencio.

Lucy y el doctor se fueron al terrado donde estaban los novios. Cogido así de improviso el pobre Battista que aun no habia logrado dominar el temor y la respetuosa admiración que Lucy le inspiraba, se puso en-

carnado como un tomate, y trató de ocultarse detrás de Speranza, maniobra que todos distinguieron sin hacer caso; por consideración al jóven, Antonio fué á buscar una mesita para miss Davenne, y esta se puso á dibujar debajo de un toldo que habia preparado Speranza.

El doctor se despidió diciendo que tenia que visitar algunos enfermos tanto en Castellaro como en Taggia. Battista se alejó gradualmente hasta que acabó por desaparecer, y Speranza se sentó á trabajar en algunas de sus galas de novia al lado de su jóven bienhechora, á quien vamos á dejar por algunos instantes.

Entre los muchos ociosos que eran el ornato del paseo de Taggia y que por consiguiente habian visto á nuestros amigos atravesar el *Pantano*, se contaba el señor Orlando Pistacchini, empresario y primer galán de la compañía dramática que llevaba su nombre y hacia las delicias del respetable público de Taggia.

Al decir esto último empleamos una frase un tanto hiperbólica copiada textualmente de los carteles manuscritos pegados en las cuatro esquinas del *Pantano*. Si tuviéramos que establecer los hechos en su verdad histórica, diríamos, que como nadie iba al teatro, la compañía en cuestión no podia hacer las delicias de nadie.

Tambien somos dueños de declarar que el honorable cuerpo dramático se moria de hambre; posición muy desagradable, y por la cual el infeliz empresario en ayunas estaba apoyado con aire bastante abatido en una columna de piedra, calculando cómo y de qué manera podria procurarse una comida.

Arrancado de sus tristes preocupaciones por la llegada de los extranjeros, Orlando Pistacchini se llevó maquinalmente la mano á su sombrero, pensó un instante en lo que podrian haber tomado para almorzar, y luego volvió á caer en sus penosas reflexiones.

Peró cuando la trompeta de las cien bocas, ó hablando con menos poesia y mas exactitud, cuando nuestro amigo el ebanista esparció por todas partes la noticia de que los dos compañeros del doctor Antonio eran nada menos que el *Milord inglés* de Bordighera y su hija que iban á Lampedusa, donde pensaban permanecer un par de días, un rayo de luz cruzó por la mente del empresario, y le hizo entrever una serie de almuerzos y de comidas.

Nuestro hombre corrió á su casa á toda prisa, se sentó á su mesa y escribió lo que sigue:

« *Ilustrísimo Milord:*

» Cuando un amigo y un protector de las artes de vuestra categoría y generosidad se encuentra tan de cerca con discípulos y adoradores de Melpomene y de Talía, humildes verdad, pero sinceros como nosotros, seríamos muy indignos seguramente de este nombre de artistas que constituye nuestro orgullo, si no ofreciéramos respetuosamente al noble representante del ARTE y de la GRAN BRETAÑA un testimonio público de nuestra respetuosa simpatía y de nuestra deferencia. Con este fin la compañía dramática de Pistacchini prepara una función extraordinaria que tendrá lugar mañana 22 de junio y se compondrá del quinto acto de la célebre tragedia:

ARISTODEMO

seguido de la interesantísima comedia:

EL MAESTRO EN APUROS.

» En cuyas piezas Orlando Pistacchini tendrá el honor de desempeñar los papeles de Aristodemo y del Maestro. Tal es la diversion para la cual solicitamos el patrocinio del Mecenas inglés, y pedimos humildemente el honor de su presencia y el de su incomparable hija. Todo Taggia irá al teatro para honrar á personas tan distinguidas. Esperamos que no faltareis. ¡Ay! La musa está muy descuidada en el día, ¿y qué será de ella si no la sostienen las manos nobles y generosas? Os suplicamos pues encarecidamente que no falteis. Es una súplica del muy humilde y obediente servidor de V. E.

» ORLANDO PISTACCHINI,

» Empresario y primer galán de la compañía. »

« Nota. — No se economizará nada para dar á la función el esplendor que conviene en una circunstancia tan gloriosa. El teatro estará iluminado á *giorno* y entre la tragedia y la comedia se soltarán palomas. Confiamos demasiado en vuestro noble corazón para que temamos una negativa. »

Orlando sacó dos copias de esta especie de *último canto* de un empresario á dos dedos de su pérdida; la segunda con ligeras variantes destinada á miss Davenne, y se acostó « para tratar de dormir. »

Al otro día él y su esposa la signora Rosalinda (figura redonda como una bola y un poco asmática), se vistieron con sus mejores galas y se encaminaron bañados por el sol á Lampedusa.

Casi al mismo tiempo sir John Davenne habia tenido el capricho después de almorzar, de ir á leer su periódico á la sombra de una de las dos encinas que despliegan su bóveda de follaje á pocos pasos enfrente del santuario.

La sombra era muy densa; soplabá una brisa del Norte, y sir John al cabo de una hora sintió que tenia un poco de frío; se levantó y con los ojos clavados en su periódico, comenzó á pasearse con lentitud por el

sol, tomando justamente como impelido por su mala estrella, la dirección de Castellaro. El barón saboreaba con delicia un ataque terrible contra el jete whig del Parlamento por un miembro de la oposición, cuando de repente cayó sobre su papel como una sombra.

Levantó los ojos y se encontró cara á cara con una mujercilla repleta que llevaba un sombrero de color de rosa muy ajado, y un individuo alto, delgado y amarillo que no tenia mas que el pellejo y los huesos. Los dos personajes alargando los brazos se acercaron haciendo gestos y de un modo enteramente teatral.

Sir John prosiguió su paseo; pero el hombre y la mujer resoplando de calor y de fatiga conservaron su puesto á cada lado del barón estupefacto, y continuaron valerosamente sus estrambóticas demostraciones.

Sir John incomodado dió media vuelta y luego alargó el paso de modo que parecia que corria; la pareja dramática se volvió tambien y apresuró la marcha en la misma proporción.

La mujer en particular brincaba detrás del barón con encarnizamiento.

— ¡Misericordia! exclamó Speranza que por casualidad miró en aquel instante por aquel lado; ¿porqué corre así el barón?

— ¿No veis un hombre y una mujer que le persiguen? dijo Lucy espantada; quizá son ladrones.

— ¡Oh! no; repuso Speranza; no hay peligro; es el empresario del teatro de Taggia, el signor Pistacchini con su mujer. Voy á ver lo que quieren.

Un instante después sir John llegó al terrado sin aliento y de muy mal humor.

— ¿Qué es eso, padre mio? preguntó Lucy.

— No lo sé, murmuró sir John; dos vagabundos que me siguen como mi sombra aullando como demonios. No comprendo una palabra de lo que dicen. No le dejan á uno en este país ni aun en la cumbre de una montaña.

— Speranza los conoce, dijo Lucy tratando de calmarle; son cómicos de Taggia que de seguro no tienen malas intenciones.

— ¿Qué me importa que las tengan ó no si me incomodan? respondió el barón; la peste se los lleve.

Lucy se calló.

Speranza volvió en el mismo instante con los dos famosos memoriales, contó que el signor y la signora Pistacchini habiendo oído decir que miss Davenne y sir John se hallaban en las cercanías, habian resuelto dar una gran función en su honor, y se presentaban á pedir que el padre y la hija honraran el teatro con su presencia.

— Los pobres están rendidos, dijo Speranza, y su voz se apagó murmurando algunas palabras al oído de Lucy.

— ¡Se mueren de hambre! exclamó Lucy, cuya voz vibró con una sorpresa dolorosa. Padre mio, esos infelices han venido á pié de Taggia y no han almorzado.

— Y bien, repuso el padre gruñendo; si no han almorzado, que les den de comer y se acabó.

Speranza recibió la orden de que les sirvieran una buena comida, y de decirles que miss Davenne tendria gusto en recibirlos después.

(Se continuará.)

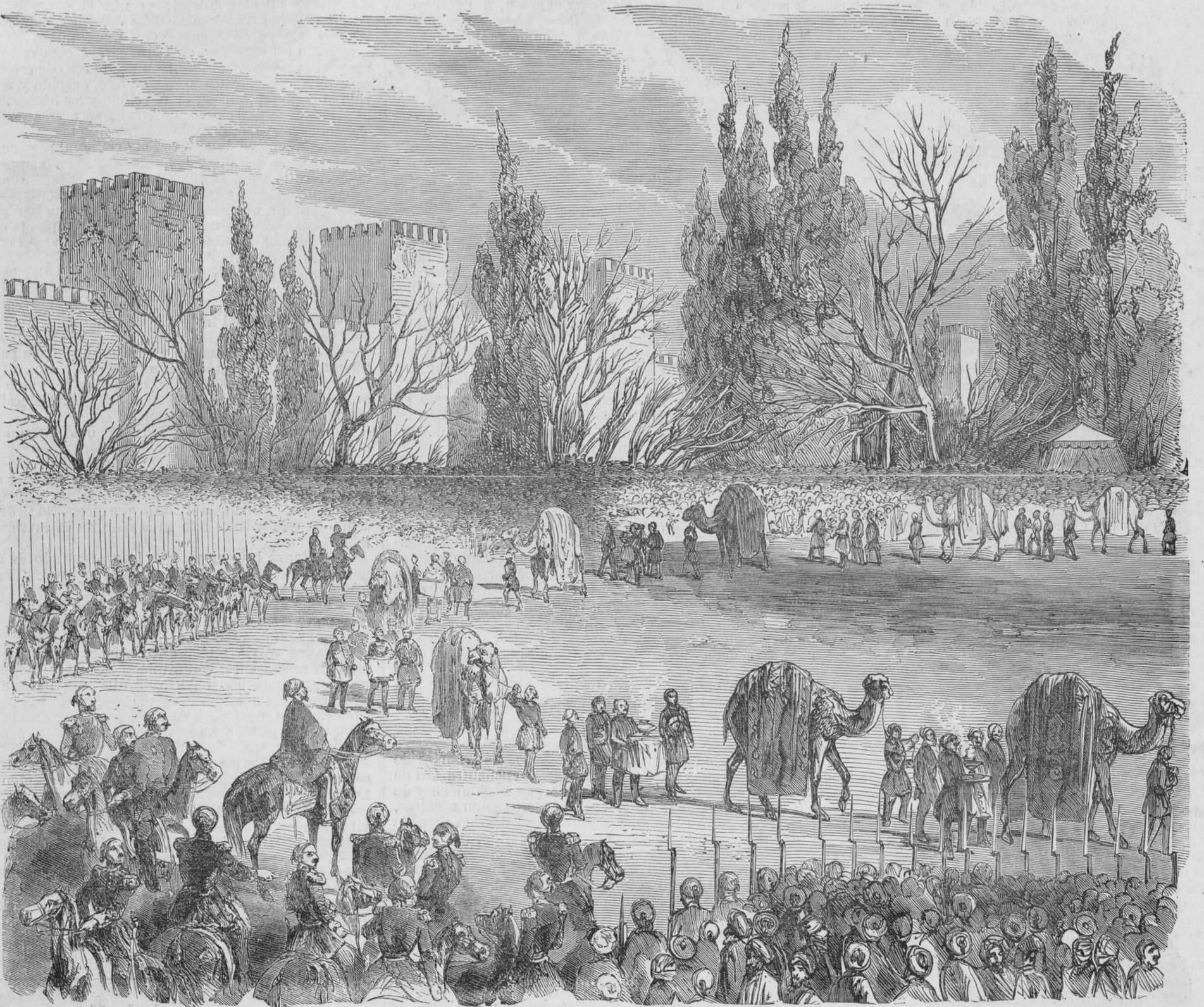
La caravana de la Meca.

La peregrinación anual á la Meca puede considerarse como el medio mas eficaz para afianzar la unidad religiosa en el islam; es muy probable que el mahometismo llegaria á dividirse infaliblemente si esa práctica de devoción no tendiera á reunir todas las creencias bajo el mismo dogma, dirigiendo su devoción hácia el mismo lugar. Mahoma ha hecho de ese acto religioso una obligación formal, declarando que todo creyente que no ha cumplido ese deber una vez en su vida, muere como un judío. Por consiguiente es para todo buen musulman mas que una obligación de conciencia, un medio de salvación el visitar la famosa piedra negra de la Meca, en la cual depositó Dios al principio del mundo el acta de reconocimiento de su divinidad por la legión de los seres espirituales. La visita á Medina aumenta los méritos del creyente y le ayuda á alcanzar la gracia.

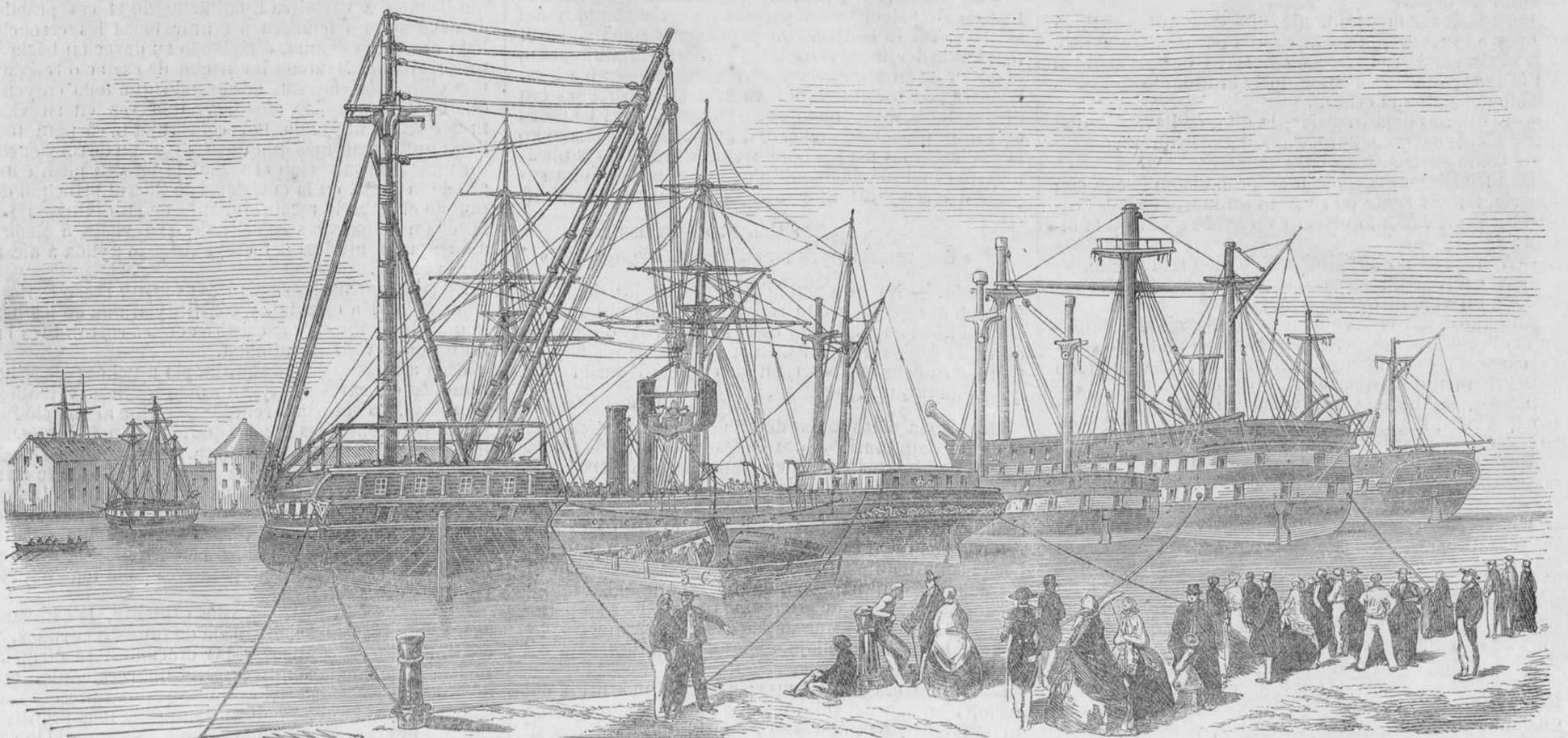
Estas peregrinaciones piadosas son un rasgo curiosísimo de la vida oriental, y constituyen una de las particularidades mas características de las costumbres errantes de la vida musulmana.

Cada año salen de Constantinopla muchos peregrinos reunidos en caravana, y su salida es una verdadera procesion. La caravana reunida se dirige al palacio imperial para tomar los regalos que el sultán destina á las mezquitas de la Meca y Medina. Los dignatarios de la corte asisten á la entrega de estos regalos que se transportan primeramente bajo una hermosa tienda. Los camellos en que se deben cargar estas ofrendas dan sesenta veces la vuelta del césped que se halla delante del palacio, en tanto que los peregrinos y la muchedumbre que asiste á los preparativos de la marcha, entonan cánticos religiosos.

Cuando ya están cargados los camellos, la caravana se pone en marcha acompañada de muchos curiosos, y continuando los cánticos y las oraciones, se dirige al puerto donde debe embarcarse. Esta ceremonia, que atendida la gravedad del culto musulman presenta un carácter imponente, produce siempre la mas profunda impresión en el espíritu del pueblo. — Este año la caravana salió de Constantinopla el 18 de febrero último.



SALIDA DE CONSTANTINOPLA DE LA CARAVANA ANUAL CON LOS REGALOS DEL SULTAN DESTINADOS A LA MECA Y A MEDINA.



EMBARQUE EN TOLON A BORDO DEL TRASPORTE EL WESER DE LAS CAÑONERAS DESMONTADAS DESTINADAS A LA EXPEDICION DE LA CHINA.



PRESENTACION AL REY VICTOR MANUEL DE LA FELICITACION DEL CLERO MILANES.

Felicitation del clero milanés al rey del Piamonte.

El clero de Milan acaba de dar un buen ejemplo, desmintiendo con un acto público que pone en evidencia

su patriotismo, la supuesta oposicion del clero italiano al movimiento nacional que reune en torno del rey Victor Manuel á todas las poblaciones italianas.

El clero milanés deseoso de manifestar al rey sus sentimientos de fidelidad, habia solicitado de S. M. por

medio del marqués de Azeglio, gobernador de la ciudad, el honor de presentarle una felicitacion firmada por los eclesiásticos del distrito. El rey accedió gustoso, y una diputacion compuesta de los principales curas de las parroquias fué admitida en presencia de S. M. en el



LOS GAUCHOS ARGENTINOS.

palacio real, siendo recibida por el rey con la afabilidad característica de este príncipe. Un recibimiento tan cordial penetró á los miembros de la diputación de un sentimiento de confianza que no hizo mas que aumentar las buenas disposiciones en que se encuentra.

Después de entregada la felicitación, el rey manifestó á los diputados cuánto agradecía los testimonios de adhesión que se le trasmitían en nombre del clero, congratulándose de que una adhesión tan importante viniese á dar una nueva fuerza á la manifestación de la voluntad nacional.

C. M.

Los gauchos argentinos.

La naturaleza americana es la madre y la institutriz del gaucho, ser que por sus instintos se acerca al hombre de la naturaleza, y que por su religión y por la lengua que habla da la mano á la sociedad civilizada.

En sus costumbres no se parece á nadie. El gaucho argentino no tiene su igual en el mundo, aunque hayan tratado de compararle unos con el árabe, otros con el gitano, y otros con el indígena de nuestros desiertos.

La inmensidad, la intemperie, la soledad y las tormentas de un clima abrasador, son las impresiones que desde la infancia templan su espíritu y sus nervios, y le dan conciencia de su valor y de sus fuerzas. Solo, abandonado á sí mismo, separado, digámoslo así, de la sociedad civilizada, siempre en lucha con los elementos, las necesidades y los peligros, su espíritu se exalta á medida que triunfa de su destino. Sus ideas se melancolizan, su vida se concentra; las leyes invariables y eternas de la soledad y de la naturaleza han obrado sobre su ánimo, y los instintos humanos de libertad y de independencia llegan á ser las condiciones inseparables de la vida del gaucho.

El caballo acaba la obra de la naturaleza, es el elemento material que contribuye á obrar sobre su moral. Desde su infancia, la inmensidad de los desiertos de la Pampa se limita y se estrecha para él, que puede atravesarlos al vuelo de su caballo. Criado sobre su alazan, se hace á un tiempo su despota y su amigo. Montado en él, no teme ni á los hombres ni á los elementos, y es un modelo de gracia y de destreza que no le cede en nada ni al indio americano ni al jinete europeo.

Los « trabajos de pastoreo » á que se entrega completamente su educación física y moral. Digamos lo que se entiende por estas tareas. El gaucho guarda y conduce toradas enormes siempre á caballo, con el lazo en la mano y la amenaza en la boca; con mucho trabajo contiene á los animales; cuando tiene hambre excita al animal, le carga siempre á caballo, le arroja el lazo ó las bolitas, le hace caer rendido al suelo y hunde el cuchillo en su garganta; salta la sangre á borbotones, el gaucho mete sus manos, despelleja al animal palpitante, corta un pedazo de carne, le pone sobre unas ascuas, y espera á que esté á punto su comida fumando ó cantando melancólicamente. Cuando hay que matar mucho ganado para mandar pieles á Europa, el gaucho nada en la sangre, degüella sin cesar todo cuanto encuentra. Hé ahí lo que los argentinos llaman trabajos de pastoreo. A su beneficio el gaucho se robustece, adquiere destreza y atrevimiento, pero adquiere también esa indiferencia á la vista de la sangre que influye tan fatalmente en su moral.

Entre el hombre y la bestia existe esa simpatía íntima, esa relación común que tienen su origen en la circulación de la sangre. El gaucho las pierde por la costumbre de derramar sangre, costumbre que de ocupación llega á ser en él necesidad y luego placer.

Su vida y su educación le dan una idea tal de su superioridad sobre el hombre de las ciudades, que sin esfuerzo y naturalmente experimenta hacia él un desden profundo.

El hombre de las ciudades monta mal á caballo, es incapaz de dirigirse solo por las inmensas llanuras desiertas, y mas incapaz aun de satisfacer sus necesidades; el hombre de las ciudades no sabe coger al toro con el lazo, teme hundir su cuchillo hasta el mango en la garganta del animal, y no puede ver sin temblar como desaparece su brazo en la sangre.

Esta clase de hombres constituye el bajo pueblo argentino, hombres que como una tormenta oscurecen el horizonte de las ciudades.

Y sin embargo, esta clase concede fácilmente su respeto y su admiración á ciertos hombres, á aquellos que se distinguen por sus cualidades de gaucho. Nada mas común en las sociedades civilizadas que el ver malos jefes á la cabeza de buenos subordinados; entre los gauchos semejante aberración es imposible.

El jefe del gaucho es siempre el mejor gaucho. No puede llegar al mando sin haber sufrido pruebas materiales; debe adquirir su prestigio montado en su caballo, con el lazo en la mano y en medio de charcas de sangre; debe dormir á la intemperie, conocer á palmos los campos, desobedecer constantemente á las autoridades civiles y militares, burlarse y rebelarse contra toda mejora industrial, toda disposición nueva y todo hombre de la ciudad que pase por el campo.

Sin estos requisitos esenciales, es inútil que piense en mandar á los gauchos. Pero el que llena tales condiciones es nombrado jefe, y gobierna á los gauchos á su antojo. — Tal es el gaucho.

El 18 de febrero de 1860 en Milan.

Hay sucesos que forman época en la vida de las naciones: recuerdos que duran siempre en la memoria de

los hombres; y el mes de febrero del año 60 será muy interesante para la historia del pueblo lombardo.

¡Qué variable es la fortuna!... ¡Su rueda con qué velocidad da vueltas!... ¡Cuánto enseña á la experiencia!... ¡Y qué pocos fijan la vista en el destino de los que caen!...

La confianza del poder es un narcótico con que la fatalidad adormece los espíritus imperfectos, que soñolientos en la cumbre, arrobados en su orgullo, no ven del modo que se van las glorias, y qué ligeramente llegan las dificultades, los trabajos y la ruina.

¡Quién le dijera á Austria, tan vanidosa en la táctica y aparejo de sus ejércitos, que tan pronto habia de abandonar á la poética Milan, y oír de lejos su aplauso y vocerío en honor y gloria de otro rey y de otras instituciones! ¡A Milan, tantos años dominada, y que la dominadora, como hace con Venecia, echaba á la cara de las naciones como modelo de lealtad, de paz y de contento!

¡Nadie tiene segura sino la muerte!... lo demás está en el aire, como las nubes, que el mas ligero viento arrastra de Norte á Sur, sin forma ni concierto.

Y sin embargo de ser todo tan deleznable, hay algo que dura mas que la opulencia y la fuerza física de las naciones y de los hombres: y ese algo son las obras del genio; del genio, que no le da la fortuna ni la compasión, ni el interés de nadie, y que lo enardece y sublima el espíritu de Dios. Del genio, que levantó la catedral de Milan, filigrana del arte y del atrevimiento. No quiero describir sus arcos, sus columnas, sus tirantes, que parecen bordaduras de punto de Alenon; no quiero fijar los ojos en sus cuadros maestros, ni en los cristales y porcelanas del 1400 de sus gigantescas ojivas, donde la poesía, con las inspiraciones del Beato angélico, del Peruchino, de Alberto Durero y de Rafael, ha contorneado por mano de Nicolás Bonaventura y de otros maestros las historias cristianas de todos los siglos, derramando con maravilloso concepto los divinos colores del arte.

No quiero embelesarme pensando cómo entran por ellas misteriosamente los rayos del sol al despuntar la mañana ó á la caída de la tarde, bañando con su luz melancólica de un modo celestial las sombrías y cristianas bóvedas.

Entre el profundo silencio y la incierta claridad de la tarde, el alma extasiada se admira pensando en la vida, se eleva á Dios, se recoge en temor profundo, y envuelta en esa duda que mueve siempre á miedo, se humilla paciente y resignada buscando en la oración amparo.

Pero no es tampoco en ese momento de ternura en el que quiero recordar el diez y ocho de febrero del año 60 en la catedral de Milan.

Voy á describir sus maravillas á las doce de la mañana, durante la misa mayor, cuando el potente órgano derrama tempestades de armonía por las anchurosas bóvedas; cuando el pueblo arrobado de fe se postra de rodillas; cuando la voz de los canónigos y músicos entona el himno sagrado; cuando el sacerdote que oficia de pontifical levanta al cielo el cáliz y recuerda al pueblo de Jesucristo la gran idea del Cordero de la Redención: *este es mi cuerpo y esta es mi sangre...*

Entonces la catedral me pesaba sobre el cuerpo y el alma: entonces mi espíritu se desamarraba de la cadena; y mi entendimiento, como una paloma, tendía sus alas temerosas buscando entre aquella tormenta de ideas ¡la eternidad! La eternidad, que no se comprende ni se encuentra en la pobre vasija de polvo que encierra la existencia... La eternidad de ese mundo feliz, ofrecido á la justicia, á la esperanza y á la caridad, que el Señor Dios de las edades y de todos los pueblos enseñó muriendo al pecador atemorizado...

En esa eternidad divina pensaba conmovido de todos los sentimientos cristianos, cuando un canónigo de la santa catedral, acabada la misa para leer una pastoral sobre la cuaresma, subió á la tribuna que está en medio de la nave mayor, donde hace algunos meses se sentaban á presidir las solemnes funciones los archiducos de Austria rodeados de su corte, y se me vino á la memoria aquella trova de Jorge Manrique:

¿ Los infantes de Aragon, qué se hicieron ?

¿ Qué fué de tanto galan ?...

¿ Qué fué de tanta invencion

Como trujeron ?...

Y dije entre mí, abstraído con la inquietud melancólica en que se pasean los ojos del pensamiento sobre la destrucción de los poderes seculares, los estragos de las batallas ó las ruinas de los imperios... « ¡Mentira cuanto deleita la ambición del hombre! ¡Mentira todo... menos el poder de Dios que permite los sucesos para premio ó castigo de las acciones de la humanidad!... »

Acabado el oficio divino y la lectura de la pastoral (donde la política tristemente tenia una gran parte), subí á las azoteas del Duomo, llevado por la voz del pueblo que dice: *Si no subes á la torre no has visto la catedral...* Y es verdad, porque la obra de sus remates es prodigiosamente un sueño fantástico de flores y de alegorías; es el cuadro del martirologio de los santos, y la historia mitológica de todas las épocas de los pueblos está allí representada en innumerables personificaciones de los mejores estatuarios del mundo.

Allí, sobre una aguja, descansa Napoleón I sosteniendo en su brazo derecho un para-rayo de hierro, conductor de electricidad, á fin de que los fenómenos atmosféricos no destruyan el templo cristiano. ¿Será esta alegoría una alusión del genio que todo lo adivina y lo

presiente, para hablar á los tiempos en que vivimos? ¿Será un sarcasmo?...

En otro remate está uno de los arquitectos de la obra. Sobre un techo, Visconti el fundador... Sobre otro, el célebre Adan del Solari: y es una lástima que para contemplar tantas maravillas sea preciso subir cuatrocientos ó quinientos escalones.

Era necesario, después de la visita á la catedral, santuario de las ideas de Dios, ir á estudiar por la noche al teatro de la Scala, templo profano del lujo, de los caprichos, de la armonía, de la voluptuosidad y del placer del pueblo milanés.

En este teatro, modelo por su grandeza y organización del que se han estudiado las líneas para levantar los demás de Europa y América, se cantaba la noche del 18 de febrero la ópera del *Otello*, del famoso Rossini, y se ponía en escena el baile de *Scintilla hija del diablo*; y con gran ceremonia, todo iluminado, se recibía por primera vez al rey Victor Manuel, soldado de la independencia, como le llama el pueblo, y la personificación de la nacionalidad italiana.

Su entrada, seguida del penetrante y sagaz político conde de Cavour, fué conmovedora. Cuatro mil espectadores de las clases mas ricas y poderosas de la ciudad, rompieron en frenéticos vivas.

Acabó con aquella gran vocería y entusiasmo el primer acto del *Otello*.

El rey saludaba agradecido á un pueblo, que para tener una constitución modelo de garantías, no gritaba mas que « ¡viva el rey! » porque Victor Manuel es la personificación de la modestia, de la libertad y de la justicia.

Dos actos permaneció en el palco real entre las frecuentes aclamaciones de un pueblo que se considera feliz habiendo salido de la dominación del Austria.

El rey volvió á palacio antes de las once; pero no dejó el teatro sin haber visto salir de las llamas de la chimenea del salón del estudiante Alberto á Scintilla, hija del diablo, representada por la Pocchini.

¡Qué precioso demonio!... ¡qué blancas megillas! ¡qué ojos tan expresivos! ¡qué sonrisas tan dulces! ¡qué brazos y qué hombros tan torneados!... ¡qué leve cintura! ¡qué piernas tan derechas y qué fuerza en las articulaciones y en la punta de los pies!

Olvidemos las rápidas vueltas; las posiciones académicas y lo que en la Scala se ve de este género, para recordar en el acto segundo la escena que representa una galería de flores preparada para una fiesta de carnaval, adonde levantado el telón se presenta todo el cuerpo de baile compuesto de estudiantes, modistas, caballeros, damas, máscaras, diablos, espíritus, ninfas, genios, etc. etc.

No recuerdo haber visto rodar por el cielo montón de nubes de color de rosa y de oro tan preciosísimo: no he visto nunca con tanta morbidez y ligereza columpiarse en el aire las plumas desprendidas en el vuelo de las aves.

Parecían aquellas niñas y hermosísimas mujeres un montón de mariposas de todos los colores... ¡Qué perfección y qué compás en los difíciles giros! ¡qué delicadeza en las combinaciones coreográficas! ¡qué variedad en el adorno, y qué caras tan poéticas y tan virginales!

La milanese, descendiente de Eva, bailando y de lejos en el teatro de la Scala, es el bello ideal de las inspiraciones suaves del alma.

Delicioso entre aquellas turbas de genios corría el lindo espíritu de la seducción, enamorado diabólicamente del estudiante Alberto, poniendo en juego los encantos del arte mujeril endemoniado para encadenarlo á su albedrío, arrancando aquella alma buena de otros amores mas puros é inocentes.

Pero este cuadro no era tan sorprendente como el del último acto, que representa un jardín encantado con estatuas y fuentes, bañado de la claridad misteriosa de la luna; en este jardín fantástico, antesala del infierno, estaban recostadas muellemente sobre yerbas y tapices de flores, trescientas jóvenes de diez á veinte y ocho años que forman el cuerpo de baile, vestidas de genios, ninfas y espíritus. Así como se posan las mariposas sobre las ramitas que columpian los vientos, ó como las ánades en las aguas transparentes, así aquellos genios parecían adormidos á la claridad de la luna, sorprendiendo deliciosamente los ojos.

Por fin llega Scintilla arrastrando seducido al enamorado Alberto, que entra deslumbrado por tantas maravillas en el encantado mundo de los infiernos.

Pero cuando rodeado de aquella nube de espíritus, Scintilla lo abraza llena de amor, retumba el trueno, el cielo se oscurece, sale fuego de las entrañas de la tierra y el demonio aparece á recibir al loco amante, que se lo entrega llena de placer la seductora Scintilla. Así concluye el baile, que es muy fantástico, y donde los diablos juegan un papel muy importante; no tanto como el de mi chimenea, que me ha costado dos meses de mover la pluma y de fatigar los ojos buscando recuerdos en la historia y los archivos.

Mi diablo no tiene la hermosa figura de Scintilla ni la crueldad vengativa de su padre; mi diablo es un pequeño macaco, que como mono, no llega á las pretensiones de querer parecerse á nadie, ni participa de las miserias y susceptibilidades de la especie racional; aunque en ocasiones por instinto sea mas intencionado que el demonio de la seducción.

De todos modos, cuando salga al mundo, ¡ojalá nazca sin trabajos conservando la vida! ¡Dichoso el hombre que deja algo que lo recuerde á la memoria de los venederos, aunque para consolarse del variable juicio de

sus contemporáneos tenga que leer cada día estas palabras de Marcial: *es una maldad suponer á un autor el pensamiento que no ha tenido.*

Después del baile se acabó la ópera, donde el tenor cantó bien y con bríos su parte, estando inimitable cuando en su dolor exclama en el segundo acto:

Per che un sembiante
Barbaro ciel non darmi; in cui scolpito
Si vedesse il mio cuore.

JOSÉ GUELL Y RENTÉ.

El carnaval. — La cuaresma.

Hay una época en el año en que en casi todos los pueblos sus habitantes parecen haberse dado cita para entregarse á una loca y ruidosa alegría, que degenera frecuentemente en culpable licencia, en groseros desórdenes: esta época es de carnaval; tiempo de placeres, de orgías, arrebatado á las pacíficas distracciones y á los honrados deleites del hogar doméstico, y que espirando después de un espacio más ó menos largo de locura, que nada tiene de común con la verdadera alegría, muere de repente cansado y vencido por sus propios excesos.

Muchas han sido las definiciones que los sabios han tratado de dar al nombre del Carnaval: sin detenernos en el valor más ó menos real de todos los orígenes que pretenden fijarle, nos limitaremos á uno que nos parece el más admirable: queremos decir, aquel que el antiguo idioma de la península itálica le hacia derivar de la palabra CARNIVALE, que significa literalmente *adios carnes*: porque los que toman parte en los festines y en los regocijos del carnaval, parece en cierto modo que se despiden de las buenas comidas que va á prohibirles la cuaresma. Además esta es la etimología más generalmente recibida. — Con ella se conforma también el llamarse al carnaval CARNESTOLENDAS, de *tollere carnes*.

El origen del carnaval se pierde en la más remota antigüedad, hasta tal punto que los paganos que se disfrazaban todavía en el siglo VI de nuestra era, como se hace hoy en todas partes, ignoraban de donde les venia esta extraña y singular costumbre. No trataremos aquí de referir la opinión de todos los autores que han escrito sobre el carnaval, y que le dan tan diverso origen. Saint-Foix supone que el carnaval es de origen druidico, y una lejána reminiscencia de las fiestas de Mithra, con que los antiguos pueblos celebraban los misterios astronómicos bajo disfraces de leones, de carneros, de osos y de perros, símbolo de las constelaciones. Una opinión muy acreditada es que esa diversion profana, y los desórdenes de que frecuentemente iba acompañada, eran una imitación de las antiguas *saturnales* romanas con las que tiene mucha analogía.

Esta opinión vulgar no ha sido adoptada por los escritores versados en la historia doméstica de los romanos. Entre gentes sin exóteno alguno se supone el carnaval una continuación de las saturnales de los antiguos; pero había un pensamiento profundo, una tradición respetable en el fondo de las fiestas romanas destinadas á perpetuar el recuerdo de la edad de oro. Las saturnales duraban siete días: durante este intervalo estaba prohibido ocuparse en los negocios: todos debían pensar en divertirse, y la más perfecta igualdad reinaba en todas las clases de la sociedad. La víspera de estas antiguas fiestas se ofrecían suntuosos sacrificios á Júpiter, distribuidor de las riquezas, á Mercurio el liberal, á Apolo el magnífico; después á la caída del día, esclavos de confianza iban á distribuir de parte de sus amos los regalos de costumbre. Estaban obligados los ricos, bajo pena de incurrir en la indignación de los dioses, á pagar las deudas de sus clientes pobres, ó de sus amigos insolventes: los pobres á su vez enviaban presentes á los ricos, empero de bagatelas de poco valor, como coronas de hojas de laurel y encina, granos de incienso. Los amos servían á sus esclavos durante los festines, y les era permitido tener las más graciosas ocurrencias, porque no herían las costumbres ni las personas.

Tales eran las saturnales en los hermosos tiempos de la república, cuando el gran Escipion regia con su propia mano el arado en los campos de Literna. Mas tarde, cuando la corrupción invadió las masas, aquellas fiestas se convirtieron en orgías como todas las demás; empero el principio permanecía siempre, y este principio se hallaba fundado sobre una idea eminentemente moral. No sucede así en las locas mascaradas de hoy. Son una extravagancia y nada más. No hay una idea, no diremos cristiana, pero ni aun laudable y útil, que se una á ella.

Durante la edad media, diversas funciones que se han ensayado restablecer después de algunos años en las ciudades donde se hallaban en uso, prueban que la costumbre de enmascararse y disfrazarse, no solamente no se perdió durante los siglos de la fe, sino que fué el adorno obligado de todas las fiestas populares, que tomaron con su tiempo un carácter especial. Bastará recordar las fiestas de las rocas y gigantes en Valencia, la de la Tarasca en Toledo, en Sevilla y otras ciudades, la de los Inocentes, Reyes magos y suplicio de Judas, etc. La costumbre de cubrirse el rostro con una máscara viene de los tiempos más remotos: en los antiguos era una especie de casco que cubría absolutamente la cabeza, y además de las facciones del rostro representaba también la barba, los cabellos y las orejas; los asirios

no salían jamás sin una máscara: mas tarde la máscara fué el adorno de todos los actores griegos ó romanos.

Hacia el fin del siglo XVI, para garantizar la frescura de su cutis, las señoras se cubrían el rostro con una máscara, que era ordinariamente de terciopelo negro y de la forma de esas caretas que se usan hoy con los dominós; empero no tardaron en comprender que ocultando sus facciones á las miradas de los curiosos, el espíritu de coquetería que les había llevado á adoptar ese traje, había falseado completamente el objeto.

En nuestros días la máscara, que no sirve para presentarse en las calles, en atención á que está prohibido por las disposiciones del gobierno, reina con algún prestigio en los grandes bailes, en los teatros, en donde facilita el incógnito las intrigas.

El carnaval ha sufrido siempre la transformación de las épocas por que ha atravesado: licencioso en los siglos de la corrupción, pomposo y nacional en las épocas de gloria y de triunfo, no hoy frío, egoísta, sin carácter.

De todas las ciudades del mundo, Venecia es la que después de haberse adquirido una gran reputación por su antiguo esplendor, supo también hacerse célebre por lo alegre y festivo de su carnaval. Corrian allí de todas las partes de Europa para asistir al triunfo y al reinado de la locura. Hoy la antigua ciudad de los Duxs no tiene nada de su esplendor antiguo: las revoluciones han pasado también por ella. Hoy en lugar de las alegres canciones que resonaban en las noches de carnaval en las góndolas, al deslizarse por las aguas tranquilas de su laguna, solo se oye el monótono alerta del centinela austriaco, que vela constantemente para reprimir todo deseo de recobrar su perdida independencia.

Hoy el carnaval que ofrece más alegría y es el más célebre del mundo, es el de Roma, con sus célebres carreras de caballos en el *Corso*. El carnaval de Madrid es moderno: suprimidas estas funciones durante el gobierno de la monarquía pura, cuentan pocos años de existencia las máscaras públicas. Alegres comparsas y músicas han recorrido sus calles, afluendo al magnífico paseo del Prado y con toda la alegría y la viveza propia de los climas meridionales, y con un tiempo hermoso de brillante primavera han presentado un golpe de vista encantador, y como la afición cada año va en aumento, todo hace augurar que dentro de pocos años competirá el carnaval de Madrid con los más elegantes de la Italia.

Cuando aun los deliciosos sonos de la música y la alegre algazara resonaba en los teatros y en los bailes; cuando el mundo todo se entregaba á una alegría profana en las diversiones del carnaval, ya la Iglesia dejaba oír sus gemidos. Cuando aun en la madrugada del miércoles las gentes coronaban sus cabezas de hermosas flores, y tomaban en su mano la copa del placer, la Iglesia venia á deshojar sobre sus cabezas esas efímeras coronas; á romper esas copas encantadoras, y sembrando sobre la frente de cada uno de ellos la ceniza de los muertos, les ha recordado la sentencia terrible, inevitable, que Dios lanzó contra el primer hombre: *¡Acuérdate que eres polvo, y que en polvo te convertirás!* Desde entonces los ecos del dolor han resonado en las bóvedas de los templos; desde entonces ha comenzado el tiempo de la penitencia. *¡La Cuaresma!*

La cuaresma (*Quadragesima*) es un ayuno de cuarenta días que los católicos observan para santificar el año y prepararse santamente á la celebración de la Pascua.

La cuaresma es de institución apóstólica, y al establecerla los apóstoles, no hicieron más que conformarse con las más antiguas tradiciones del pueblo de Dios. Moisés, elegido por el Eterno para ser el legislador de los judíos, ayuna cuarenta días á fin de prepararse á recibir las órdenes de Dios en el monte Sinaí, y la misma abstinencia observa antes de recibir las segundas Tablas de la Ley. Elías ayuna cuarenta días antes de que Dios se le aparezca en el monte Oreb. David observa un riguroso ayuno durante su penitencia; Ester se prepara con el ayuno á aplacar la cólera de Asuero; los Ninivitas ayunan cuarenta días seguidos después de la predicción de Jonás; san Juan Bautista se dispone por medio del ayuno á recibir á Jesucristo, y el Salvador del mundo mismo ayuna cuarenta días en el desierto antes de comenzar su divina misión. Todos estos ejemplos demuestran que el origen de la cuaresma asciende á las fuentes mismas de la religión.

Desde los primeros tiempos de la Iglesia se fijó la duración de la cuaresma para toda la Iglesia. El concilio general de Nicea designó á la cuaresma por ayuno de cuarenta días, y habla de ella como de una práctica adoptada en todos los sitios donde se ha recibido la fe cristiana. — Mucho antes de aquella época, en el año 230, Origenes llama á la cuaresma espacio de cuarenta días consagrados al ayuno: exceptuábanse de él no obstante los domingos; y solo desde los tiempos de Gregorio el Grande, se añadieron cuatro días á la cuaresma, á fin de que constase de cuarenta días completos. Desde entonces la cuaresma empezó, no en el domingo de *Quadragesima*, sino el miércoles precedente, que se llama miércoles de Ceniza. Desde el tiempo de los apóstoles, para imitar los cristianos tanto como les fuera posible la larga mortificación de Jesucristo en el desierto, se limitaron á no hacer más que una frugal comida después de puesto el sol. Mientras este astro brillaba sobre el horizonte, no tomaban ni alimento ni bebida; se privaban al mismo tiempo de la carne, de la manteca, los huevos, toda especie de laticinios y el vino. Aun el pescado estaba prohibido. Posteriormente se varió con respecto al vino, que fué permitido, así como

el pescado. Algunos obispos en el siglo XVIII, recomendaban todavía á sus fieles la abstinencia de estos últimos. En el siglo X se obtenía dispensa respecto á la manteca mediante una ligera retribución. Estas módicas sumas reunidas, servían para levantar majestuosas basílicas, y para construir sobre todo esas imponentes torres que adornan las fachadas de algunas de nuestras catedrales, lo cual ha dado origen á que el pueblo las llamase torres de manteca. En esto empleaban los obispos las sumas producidas por las dispensas de algunos puntos de la disciplina cuadregesimal.

El pescado ha sido casi siempre permitido en España. La hora de la comida única sufrió á su vez una grave modificación: se trasladó de la noche al medio día; luego se permitió al ponerse el sol una ligera cena, llamada *colacion*: habiéndose cambiado en estos últimos tiempos las horas de comer, ha resultado que aun por las personas que observan el ayuno, se hace la colacion hacia el medio día, y la comida por la noche. La misma abstinencia ha sufrido también alguna tolerancia. En España es permitido el uso de carne en toda la cuaresma, excepto los viernes y los días de semana santa, por la gracia especial de la bula de la Santa Cruzada, gracia especial concedida por los papas á los dominios españoles; pero se impone en compensación una limosna proporcionada á las facultades de los que usan de la dispensa. El Espíritu Santo nos ha dicho: *Redimid vuestros pecados por la limosna.*

Muy generalmente se cree que la abstinencia y el ayuno son instituciones perjudiciales á la salud. Es todo lo contrario. Obsérvese que la primavera es la estación más favorable para reparar los desórdenes de la salud. Los humores están entonces en movimiento: todo lo que vegeta experimenta una especie de fermentación: las yerbas frescas dan jugos más saludables que en cualquiera otra época. Debe de creerse que el cuidado de nuestra salud corporal influyó como motivo secundario en la institución de la cuaresma, y esto es lo que la Iglesia nos da á entender en la oración en que pide á Dios la gracia de observar devotamente la cuaresma establecida *para bien de nuestras almas y de nuestros cuerpos.*

Los mismos paganos tenían sus épocas de ayuno. Los sacerdotes del Egipto, los magos de Persia, los misterios de Júpiter en Creta, los de Eleusis ó de Ceres, los Gymnosofistas de la India y en nuestros días los brachmas, han practicado una abstinencia perpetua de todo alimento que hubiese tenido vida: los mahometanos tienen también su cuaresma. ¿No se diría que la abstinencia es un dogma universal, que forma parte de la religión natural, cuyos gérmenes ha depositado Dios en todos los corazones? ¿No es esto un recuerdo del pecado original y de la necesidad innata de la expiación? La Iglesia pues imponiendo la penitencia durante la cuaresma no ha hecho una ley homicida, como algunos han tenido la locura de llamar alguna vez al ayuno, porque no se ha querido tener en cuenta la sabiduría de sus preceptos.

La severidad del ayuno cuadregesimal se ha mantenido en su primitiva institución entre los griegos. No comen más que una vez al día, á última hora, por la noche. No quieren admitir la legitimidad de ninguna dispensa, aun la de enfermedad con peligro de muerte. Tienen además de nuestra cuaresma, el ayuno solemne de adviento desde el 13 de noviembre á Navidad; y el llamado de los *Santos Apóstoles*, que empieza la semana después de Pentecostés, y concluye en la fiesta de san Pedro, y el de la Asunción, que comienza el 1º de agosto y termina el 15. Entre los rusos, que siguen el rito cismático griego, la abstinencia se multiplica hasta tal punto, que no hay en el año más que ciento treinta días de carne. Diremos, por lo que concierne á la Iglesia griega con respecto á su inflexible y dura disciplina, que hace muchos siglos está separada del catolicismo, y que no ha querido por espíritu de secta, admitir ninguna de las modificaciones que la autoridad legítima ha tenido á bien consagrar por una misericordiosa indulgencia hacia sus sumisos hijos.

EL CONDE DE FABRAQUER.

Baile dado en Cremona por los oficiales franceses.

Los oficiales de la division Bourbaki actualmente de guarnición en Cremona, queriendo dar gracias á la ciudad por la buena acogida que hizo al ejército francés y por las atenciones que hoy prodiga á la guarnición, organizaron para el viernes 17 de febrero un gran baile en las casas consistoriales.

Todos los medios de que se podían disponer se pusieron en juego para la mayor brillantez de esta fiesta, y desde las nueve de la noche la muchedumbre de los convidados llenaba los vastos salones del municipio decorados con gusto y adornados con trofeos y guirnaldas de flores. Mas de dos mil personas asistieron á la fiesta, y los bailes se sucedieron con alegría durante doce horas.

Cuando se consumieron las bugías el sol vino á afumbrar las últimas polkas; el ardor de los bailarines no se había enfriado aun, y para poner un término á la fiesta fué preciso que los pidieran gracia los músicos. A las nueve de la mañana las últimas personas dejaban los salones que invadían los campesinos, y aquellos que no habiendo tenido la suerte de ser convidados, querían al menos contemplar el aspecto que presentaba el interior del palacio.



BAILE DADO EN CREMONA POR LOS OFICIALES DE LA DIVISION BOURBAKI.



EMBELLECIMIENTOS DE PARIS. — EL PALACIO DE JUSTICIA DESPUES DE DEMOLIDAS LAS CONSTRUCCIONES ADYACENTES, EN LA LINEA DEL BOULEVARD DE SEBASTOPOL.

LOS EDITORES-PROPIETARIOS RESPONSABLES : X. DE LASSALLE Y MELAN.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 44.